

Traducción de relatos cortos:  
*Remember the Bride who got  
Stung?* (Adam Marek),  
*Underground* (Stuart Evers),  
*Matryoshka* (Kirsty Logan) y *The  
Chicken and the Egg* (Jon  
McGregor)

Master's dissertation written by

MARTA JIMÉNEZ MARTÍNEZ

Supervised by

Nerea Tera Faba



MASTERS IN PROFESSIONAL TRANSLATION

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI

TARRAGONA, 2022

Declaración de autoría

Yo, MARTA JIMÉNEZ MARTÍNEZ con documento de identificación 39931303-Z, declaro que

(i) este trabajo es de mi autoría y que, en los casos en los que me he basado en otras fuentes, así lo he reconocido explícitamente, tanto en el texto como en la lista de referencias bibliográficas donde dichas obras aparecen debidamente citadas.

(ii) entiendo qué es el plagio y las consecuencias que plagiar conlleva según la normativa de la Universidad y sus [indicaciones al respecto](#).

Marta Jiménez Martínez  
2022

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Marta', is written on a light-colored rectangular background.

## Tabla de contenidos

Declaración de autoría

1. Introducción.....	1
1.2. Textos .....	1
1.2.1. Remember the Bride who got Stung? de Adam Marek.....	1
1.2.2. <i>Underground</i> , de Stuart Evers .....	2
1.2.3. Matryoshka, de Kirsty Logan .....	3
1.2.4. The Chicken and the Egg, de Jon McGregor.....	3
2. Texto original .....	5
3. Presupuesto.....	34
4. Traducción .....	35
5. Factura .....	67
6. Relación con el cliente.....	68
7. Comparación crítica del presupuesto y factura.....	69
8. Problemas de traducción.....	70
8.1. Problemas léxico-semánticos .....	70
8.2. Unidades fraseológicas .....	72
8.3. Estructuras sintácticas.....	73
8.4. Referencias culturales.....	74
8.5. Registro.....	75
9. Conclusiones.....	76
10. Anexo .....	78
10.1. Autoevaluación.....	78
Referencias .....	80

# 1. Introducción

Este Trabajo de Final de Máster consiste en una simulación profesional de un encargo de traducción. El trabajo consta de dos partes, la traducción del encargo en sí y el análisis del proceso de trabajo.

Para empezar, se enviaba una solicitud de trabajo junto a su presupuesto correspondiente. Una vez el cliente aceptaba la candidatura, enviaba el texto a traducir y se acordaba una fecha de entrega.

Para analizar esta simulación, he decidido dividir el trabajo en cuatro subapartados. Aparte de proporcionar el texto original, el presupuesto, el texto meta y la factura; comentaré la relación con el cliente, analizaré las diferencias entre el presupuesto y la factura y explicaré las dificultades que aparecieron durante el encargo. En cuanto al proceso de traducción en sí, analizaré los diferentes problemas que tuve que afrontar, los cuales he dividido en cinco subapartados según su naturaleza: cuestiones léxico-semánticas, dificultades relacionadas con la aparición de unidades fraseológicas, problemas sintácticos, problemas derivados de diferencias culturales entre los sistemas de partida y de llegada y cuestiones relacionadas con el registro del lenguaje. Y finalmente, expondré las conclusiones correspondientes.

En mi caso, el encargo consistió en la traducción de cuatro relatos del inglés al español que no contaban con una versión previa en la lengua meta: *Remember the Bride who got Stung?* de Adam Marek, *Underground* de Stuart Evers, *Matryoshka* de Kirsty Logan y *The Chicken and the Egg* de Jon McGregor. Estos relatos sumaban un total de 10.469 palabras a traducir.

A continuación, introduciré cada uno de los cuatro relatos para contextualizarlos dentro del trabajo.

## 1.2. Textos

### 1.2.1. Remember the Bride who got Stung? de Adam Marek

*Remember the Bride who got Stung?* es un relato de Adam Marek que forma parte de la colección de cuentos cortos, *The Stone Thrower*. Los relatos agrupados en esta recopilación tienen una temática en común: Marek cuenta situaciones donde investiga hasta qué extremos pueden llegar los adultos para proteger a sus niños.

*Remember the Bride who got Stung?* relata los trágicos e inesperados eventos que suceden a la familia formada por, Victor, Tara y su hijo Nate, durante una excursión para a hacer un picnic y pasar el día. El relato contiene vocabulario específico relacionado con el campo semántico de la naturaleza, cosa que hay que tener en cuenta pues, como se verá más adelante, la traducción de algunos de estos términos acarrea dificultades.

Durante el relato, vemos como Victor tiene que hacerse cargo de todo y aun así Tara y Nate no están contentos. El relato de un día familiar en el campo, aparentemente tranquilo y apacible, da un giro inesperado cuando a Nate, alérgico a los insectos, le pica una abeja. Lejos de un hospital y sin la medicación del niño, Victor recuerda la historia de una novia también alérgica, que fue picada por una abeja de camino a su boda. Afortunadamente, la novia, nerviosa por el enlace, presentaba unos niveles de adrenalina tan altos, que funcionaron como su dosis de medicación. Desesperado, Victor adopta unas medidas muy drásticas para subirle los niveles de adrenalina a Nate y salvar así su vida. Para su desgracia, la idea no sale tan bien como él esperaba.

### 1.2.2. *Underground*, de Stuart Evers

*Underground* es un cuento de Stuart Evers que pertenece a su primera recopilación de relatos cortos, *Ten Stories about Smoking*. Tal y como indica el título, todas las historias de la colección guardan una relación temática con la acción de «fumar», que Evers utiliza simbólicamente para representar una variedad de conceptos y situaciones, como por ejemplo, el distanciamiento entre dos hermanos.

En *Underground*, Evers cuenta la historia de amor de dos compañeros de trabajo, Jean y Pete, pero con un desenlace inesperado. Pete sufre terrores nocturnos, pesadillas que no le dejan dormir por la noche, aunque Pete parece no prestarles demasiada atención y mantiene que son hereditarios. Sin embargo, cuando Jean le pide matrimonio, se descubre el verdadero origen de su problema: el sentimiento de culpa. Pete confiesa a su novia que es el responsable de un incendio accidental en una estación de metro donde murieron muchas personas.

Tras descubrir el terrible secreto, Jean vive atormentada y empieza a fumar todas las noches. En la última escena del relato, Jean, desesperada, decide provocar otro incendio, pero esta vez no sería un accidente.

En este relato nos encontramos con varias referencias culturales, mayoritariamente topónimos, que exigen una reflexión sobre cómo trasvasarlos de acuerdo con una estrategia de traducción coherente.

### 1.2.3. Matryoshka, de Kirsty Logan

*Matryoshka* es una historia de Kirsty Logan que pertenece al conjunto de relatos *The Rental Heart and other Tales*. Es una colección que trata sobre el amor, donde Logan reconstruye cuentos tradicionales para adaptarlos a tiempos más actuales.

En *Matryoshka*, Logan versiona el cuento clásico de Perrault, *La cenicienta*, para narrar la historia de una joven y caprichosa princesa, dispuesta a todo para enamorar a su criada Elimae a la que ama en secreto.

Con motivo de un gran baile de disfraces organizado por sus padres para que su hermano escoja esposa y futura reina entre las asistentes, la protagonista ordena a Elimae que le confeccione unos zapatos con perlas a tiempo completo, para que así no pueda dejar de pensar en ella. Cuando llega el baile, Elimae pide disculpas a la princesa porque no ha podido acabar los zapatos. Sin embargo, durante el baile, la princesa se sorprende al ver a una misteriosa muchacha con sus zapatos relucientes en la pista de baile.

Era Elimae, que estaba bailando con su hermano.

Este relato contiene un vocabulario muy rico y tiene un registro de época. Logan utiliza un lenguaje muy metafórico que hay que identificar y traducir con habilidad para poder transferir el sentido de las metáforas al texto meta.

### 1.2.4. The Chicken and the Egg, de Jon McGregor

El relato *The Chicken and the Egg* pertenece a la colección *This Isn't the Sort of Thing that Happens to Someone like You* de Jon McGregor, donde McGregor recoge situaciones cotidianas pero sorprendentes.

En *The Chicken and the Egg*, McGregor describe la rocambolesca historia de un hombre que padece una fobia a romper huevos y encontrar un pollito en su interior. Este miedo irracional mantiene al protagonista sumido en un horror que afecta a todos los

ámbitos de su vida hasta extremos insospechados que, en ocasiones, rozan el absurdo y en otras producen angustia e inquietud.

El relato cuenta con vocabulario especializado, referencias culturales, y sobre todo, un tono sarcástico que hay que transferir al texto meta.

## 2. Texto original

### **Remember the Bride who got Stung? (*The Stone Thrower* by Adam Marek)**

They'd only been walking for ten minutes, but already Victor was red and puffing. It was the fault of the picnic hamper that he was carrying. A real monster. Big enough to hold a body and so heavy that the leather handle had mangled his hand. Hefting it along the dirt track between the hedgerows and beneath the humming pylon cables, Victor could only take pigeon steps. His sandals kicked up dust clouds and sent little stones flying. There was no controlling this hamper. It had a will to swing in Victor's hand and he was powerless to stop it, even when it came for his shin with one of its pointy wicker corners.

Alerted by Victor's yelp, his wife and son, Tara and Nate, stopped and looked back.

'It's bloody lethal,' Victor said. He set down the hamper, lifting his leg to show Tara the bloody scrape. Now that he had stopped walking, his face leaked fresh sweat, heightening his skin's sensitivity to the faint breeze idling across the rape field.

'Nate just told me something very sad,' Tara said, making her baby face. When she pouted her lips like this it made Victor think of a cat's bottom.

'What's that?' Victor said, touching the edge of his wound and flinching.

'He said his imaginary friend died.'

Victor snorted. 'Oh dear,' he said. '*Quel damage*. How did he die?'

'How did he die, pumpkin?' Tara asked.

'He killed himself,' Nate said.

'Oh for goodness' sake,' Victor said.

'What an *awful* thing to say,' Tara said. 'Why on *earth*...'

'What's wrong with you?' Victor said.

Tara pushed her razor-straight fringe away from her forehead with both hands. She twisted the corner of her mouth to blow up onto her brow.

Nate picked at a scab on his elbow until Tara slapped the back of his hand. ‘I kept telling you,’ she said. Nate’s bony knees, elbows and shins were all covered in the kind of pink skin you only find beneath scabs. He hooked one finger into the pocket of Tara’s jeans. The hedgerows about them were dead silent.

Victor started to sit down on the edge of the hamper, till Tara stopped him with a single uttered syllable. ‘Err!’

Victor rubbed his aching palm against his good one.

‘We’ve got a way to go yet,’ Tara said.

The wicker hamper groaned as Victor took up its weight again and followed behind them.

‘Nate,’ Victor said. ‘Do you know how genuinely miserable some children in the world are? They are children in war zones who’ve seen soldiers shoot their parents. There are kids in third world villages without food and clean water. They don’t have Playstations. They have flies and diarrhoea.’

‘We’re about to eat,’ Tara said.

‘I just can’t bear it,’ Victor said. ‘This *perpetual* gloom. You know, when there’s a knock on the door now I’m terrified is the bloody social worker.’

‘You do over-dramatize,’ Tara said.

Nate watched the ground as he walks. ‘Head up,’ Tara said.

‘Is there an *actual* problem, Nay-Nay?’ Victor said. ‘Because you know we can fix anything. Your mum and I are smarter than most parents, and you are better than both of us put together. There’s no problem this world has to offer that we can’t solve.’

Nate said nothing. He kicked a flint along in front of him.

This was the first time Victor had worn his shorts this year, and since last season he’d added a little girth to his thighs and belly, so when the phone buzzed in his pocket, he

found it difficult to take out; so difficult that by the time it was free, his voicemail has got there before him.

‘I thought you weren’t working today,’ Tara said.

‘You’re lucky I’m here at all,’ Victor said. ‘Dave’s off sick and I’ve got two on leave, so there’s only six today. I should be there. But I promised you, so I’m here. My phone may ring once or twice and I’ll have to answer it. That’s the situation.’

While Victor stopped to see who had called, Tara gained ground and practise Nate’s French.

‘«*a va?*» she said.

‘«*a va mal,* he replied.

‘Oh, Nay-Nay, why always *Áa va mal?*’

The phone call had been from Steph, the longest-standing member of Victor’s team, which made her the most senior at the orchards today.

‘Sorry to bother you,’ Steph said when he called her back, ‘but he’s insisting we’re supposed to be pollinating all *six* orchards today.’

‘Just tell him that’s not what we agreed,’ Victor said.

‘But he keeps waving the order in front of my face. He keeps asking to speak to you,’ she said.

‘Don’t give him my number. Just say that as far as you’re aware, you’re just pollinating four orchards today and you’ve only got the people to do four. Tell him if he keeps wasting your time going on about six you won’t even have time to do four. But say it nicer than that. Just make sure you don’t give him this number. I’m off the radar today.’

‘He’s not happy,’

‘Just claim ignorance and tell him I’ll be back tonight to straighten it all out.’

All the way through the fields, over the hill and then down the other side, was a small wooden area. Here in the luxurious shade of the trees, Victor stopped to take a bottle of water from the hamper. He should have drunk 20 minutes ago when thirst had first played on his thong. Now, in the heat, with the sweating and the strain of carrying Tara's new hamper, a headache was announcing itself on his temples. He took a few mouthfuls, then wiped his palm over the bottle's chilled surface and applied the condensation to his face.

'Honey, remember we're going to have to walk the whole way back too,' Victor called after Tara.

'Oh, shut up,' she said. 'We're almost there.'

'Anywhere here would be lovely, don't you think?'

Tara ignored him and carried on. It was 1:45 pm, already way past lunchtime.

Deep into the wooden area, a steeped bank dropped down from the left side of the path, and from the bottom of it, came the sound of running water. Victor could not see the stream because metre-high ferns covered everything, but the sound alone had a restorative effect that allowed him to walk faster and catch up with Tara and Nate. Only when this sound was far behind them did they reach the little archway of trees that led out to Tara's glade.

The feathery grasses here were so tall that Victor had to walk back and forth over and over to flatten it enough to lay down a blanket. And before they could sit on it, they all had to march about the blanket on their fists and knees to break the stubborn stems beneath.

'I can't believe there's not a closer parking space,' Victor said.

'When we used to come here,' Tara said, 'that car park was always full, and you'd get cars parked up the verges the whole way along the road. One time, Nay, your grandpa parked on a verge that was so steep the car almost rolled over with us all in it. I can't believe how quiet it is now.'

‘Well, it’s a nice spot,’ Victor said. ‘Once you get here.’

He flopped onto his side. The sun-warmed blanket was a great comfort to his aches. With his eyes closed he could just about hear the drone of the motorway a couple of miles away, before it was obliterated by Tara opening the hamper’s creaky lid, tearing plastic wrappings from the baguette and tomatoes, and popping the vacuum seals of Tupperware boxes.

‘You know,’ Victor said, ‘you can almost imagine that we’re the last people on earth.’ As if to contradict him, the phone in his pocket buzzed again.

‘If you answer that,’ Tara said, ‘I’m packing up and we’re all going home.’

‘Don’t be so ridiculous,’ Victor said, rolling onto his back so his fingers could access the tight pocket. He got up and answered the phone, heading back towards the path and shade. But before he got there, he stopped.

‘He what!’ he said.

‘He told us to way away and come back when we’re ready to do six orchards,’ Steph said. ‘He’s mad.’

‘Well what did you say to him?’

‘Nothing!’

‘Where are you now?’

‘We’re just getting in the van. I can still see him. Do you want to speak to him?’

‘Not now. Jesus. Look I’ll...’ and then for the first time ever, Victor hung up on her. Regret came instantly and held him there for a moment. He stared at the still tops of the tall grasses, little flies in dogfights, and high above, wispy cirrus clouds bleeding streaks of ice. He cursed it all.

Back at the blanket, Tara was smearing houmous over a lump of French bread with the back of a spoon.

‘Can you switch it off now?’ she said.

‘Why don’t you use a knife?’ Victor asked, pushing the phone back into his pocket.

‘You didn’t pack one.’

‘I clearly remember putting it in.’

‘Well, between that moment and this, it’s gone missing.’

Victor rummaged in the hamper, feeling inside the red canvas pockets but found no knife except his Leatherman.

‘So will you turn off your phone now so we can have lunch in peace?’ Tara said.

‘You know I can’t, but she won’t call again now. I had to lie to a good customer to be here today, so you can at least be a little bit grateful.’

‘We’re grateful, aren’t we Nay-Nay,’ she said, sinking a black olive into the thick houmous and then passing it to Nate. ‘We’re very grateful.’

Victor cut off a long piece of baguette with the Leatherman. The sharp blade went through it in a couple of easy strokes. Holding the bread in his hand, he sliced along its length, being careful to stop the blade before it got close to his palm. He wiped the knife on his hip, folded the blade away, then peeled open the pack of salami and stuffed five slices inside the bread. ‘Meat,’ he said, in his deepest voice.

Using Tara’s spoon, he scooped a great dollop of houmous into the sandwich, and spread it around. When he took his first bite, the houmous leaked out the side and needed licking away.

‘Ahhhhhh,’ he groaned, closing his eyes. ‘It’s amazing how good simple food tastes after an hour of pain.’

‘You do exaggerate.’

Victor’s enthusiasm for his sandwich left him breathless. ‘Now, Nate,’ he said caching his mouthful in his cheek. ‘This imaginary friend of yours. Is he gone forever, or can you bring him back to life somehow?’

‘Not now,’ Tara said.

‘It’s a serious question...’

‘Not today.’

‘You’re right. I’m sorry. This is your special day.’

‘This *is* a special day for Mummy,’ she said, screwing the top back on the apple juice.

‘If your granddad were still alive, Nate, he would have been seventy today. Do you remember your granddad?’

Nate squeezed his lips into a thinking shape and nodded.

‘When I was your age, my parents used to bring me and you aunties here all the time, and our cousins. I don’t think you’ve ever met them. We’d have a big group of us, seven children, and three blankets all joined together. My parents didn’t have any money for fancy picnics like this, so we just had marmite sandwiches and apples, but it was so good. And when all the grown ups were having a sleep in the afternoon, we’d go down to the little stream over there and catch freshwater shrimp in crisp packets. We used to pretend they were seahorses. We’ll go exploring after we’ve eaten, and see if it’s still there.’ All the while Tara talked, her smile widened. But then she stopped suddenly and her face dropped back to its default setting. ‘Victor,’ she said. Is that your phone *again*?’

Victor had felt no vibration, but took out his phone to check.

‘No,’ he said.

But there *was* a buzzing sound.

‘It sounds like a bee,’ Tara said.

‘It can’t be.’

But then, there it was, however improbable. A honey bee. Just like the bees Victor remembered from his youth. Its appearance between them caused both Victor and Tara

to leap up and draw their heads back to the full extent of their necks to distance themselves from it. Nate jumped up too, arms wrapped round himself for protection.

Victor looked around the blanket for a weapon. 'Give me something to hit it with,' he said.

'No!' Tara said. 'You'll make it angry.'

The distance between the three of them widened as each backed away from its advances. The bee expanded the zone of its patrol until it claimed the whole airspace above the blanket as its own. It amplified its buzz as it flew at each of them, performing a triangular attack pattern that caused them to shriek when it came near.

They were pushed back to a distance where they needed to shout to communicate with each other. The beast teased them for a minute more, before swooping down onto the pale skin of Nate's bare shin.

Nate's hysteria was so fully brewed by now that he heeded none of Victor or Tara's contradictory instructions and swatted it with his hand.

Victor and Tara ran to him, their speed accelerated by his explosive yell of 'Ow!'

'Show me!' Tara said, trying to pull his hands away, but Nate resisted.

'Let us see,' Victor said.

'No!' Nate said. 'It hurts. It hurts really bad.'

Victor wrapped his hairy fingers round Nate's wrist and pulled it away so he could get a good look. Nate's other arm was around his mother's neck. He hopped on one foot, holding the stung leg aloft.

'Keep still a second,' Victor said, putting one hand under Nate's knee to hold it steady.

On the front of Nate's shin, the small brown lance of the bee's sting was still sunk into his skin. At the end of it was a butter-yellow glob of goo. Tara leaned in closer and said, 'Good God, it's still pulsing!' She smacked it with her fingers till it was gone, leaving behind a fierce red dot surrounded by a ring of pale swollen skin.

‘Please tell me you brought the syringe?’ Tara said.

‘Where the hell did a bee come from!?’ Victor said.

‘Did you bring the syringe?!’ she said again.

‘When was the last time we needed it!’

‘We have to take it everywhere!’

‘Well, we always kept it in the old hamper, but now we’ve got your new one.’

‘Well why didn’t you transfer it over?’

‘I wasn’t the only one who did the packing!’

Victor shifted his weight from foot to foot, looking from the wound to the direction of the car.

‘How long does it...?’ Victor said.

‘I don’t know!’ she hissed, ‘And be careful what you say, don’t make it worse! Pick him up, we have to run.’

‘It took us an hour to get here. And even when we get to the car, do you know where the nearest hospital is?’

‘Why didn’t we pack the damn syringe!!’

Nate’s tears were flowing readily now. He forced noisy breaths through his teeth. ‘It hurts!’ he said.

‘It’s okay honey,’ Tara said. ‘Just relax. Everything’s okay. It’s just a sting.’

As soon as Tara had named it ‘a sting’, Nate’s howling doubled in volume.

‘We have to move!’ Tara said.

‘Wait,’ Victor said, his fingertips on his temples. ‘Remember the bride who got stung on her way to the church?’

‘What bride?’

‘The story, you told me, you read it in a magazine somewhere. The bride got stung on her way to the church and she was allergic and she didn’t have her shot with her, but she was so nervous about the wedding she had already pumped herself full of adrenaline, so she survived.’

‘Victor, we need to go.’

‘No, this is the only thing to do.’

‘What is?’

Victor knelt down beside Nate and put his arm around his waist.

‘Nay-Nay,’ Victor said. ‘I’m going to be honest with you. This is bad. Do you remember how we always said when you were little, if you ever happened to see a bee, to keep away from it?’

‘What are you doing?’ Tara said, brushing hair from her sticky face. ‘Pick him up. We have to hurry.’

‘You’re allergic to stings,’ Victor said. ‘*Very* allergic. So we’ve got two choices. We can make a run for the car together and try to find the nearest hospital, but there’s a good chance we won’t get there in time, or...’

‘Good God, Victor! Shut up! Here I’ll pick him up.’ Tara bent down to scoop her hands under his legs, but Victor barred her way with his outstretched hand.

‘There isn’t time,’ he said. ‘Our other option poppet, is to deal with the poison in your leg before it gets any further into your body. If we do it now we might just catch it.’

‘You can’t suck out bee poison!’ Tara said.

‘No we can’t suck it out. we’re going to have to do something more drastic, and you’re going to have to be brave Nate, because this is going to hurt.’

Tightening his right arm around Nate’s waist to hold him firm, Victor reached down with his left hand and picked up the Leatherman knife from the blanket.

‘No way! *No* way!’ Nate yelled, using both hands to push against the side of Victor’s face.

‘Get off him! What the hell’s wrong with you!’ Tara’s shout filled the whole clearing. She grabbed Nate under his arms and tried to pull him away, but Victor’s grip was solid.

‘It’s the only way! We have to do it now!’ Victor winked at her, but she was blind to it, still trying to pull Nate from him. ‘You have to help Ta. Come on, remember the bride and the bee. We’ve got no choice!’ Victor wrapped both his arms round Nate’s waist and pushed Tara away with his foot. She fell on her bottom. Nate scratched Victor’s face, raking up sore streaks. ‘I’m trying to save your life!’ Victor said.

‘Victor for fuck’s sake!’ Tara howled as she got up.

Nate fought his way to his feet, but Victor tackled him down on the ground again. Thick grass stems jabbed into his side where his polo shirt had ridden all the way up to his armpits. His face was throbbing, especially his left eyelid which he couldn’t open properly.

Nate screamed into Victor’s ear. Tara kicked his back, and when she saw him dig his thumbnail into the groove of the blade and pull out the bright length of it, she grabbed him round the throat and squeezed.

‘Get off him!’ she said. ‘What’s wrong with you?’

‘For God’s sake woman,’ he gurgled. *Play along!*’

Victor leaned on Nate’s stomach and pinned his ankles down with one foot. He put the blade against Nate’s skin, just below the knee. Nate hit the back of Victor’s head and scratched his neck, bawling all the while.

‘Hold still!’ Victor said.

Something sharp jabbed into Victor’s right eye and it filled up with tears. ‘I can’t see!’ he yelled. ‘You’ve fucking blinded me!’ Victor dropped the knife and put his hands to his eye.

Nate pummelled Victor with his knees, elbows, and knuckles, scrambling to get free of his father's weight. Tara grabbed Nate's wrists and helped him out, lifting him to his feet. Together they fled through the long grass.

'I'm pretending you stupid fuck! I'm pretending!'

Victor rolled onto his back, heaving for breath. The ring of trees in the clearing was a blurry mess to his scratched eyes. Welts rose all over his face and neck. His lips were too tender touch with his tongue. 'I was pretending,' he said again.

Tara and Nate's fleeing footsteps cracked twigs at the end of the glade. They were moving fast. Victor winced, wondering if he'd done too much, if he'd done enough.

### **Underground (*Ten Stories about Smoking* by Stuart Evers)**

For several years he had spun a solid and convincing story about an inherited sleeping disorder. It had been passed down, he claimed, on his mother's side of the family and it meant he often woke up screaming, and was unable to sleep at all. It wasn't anything to worry about, he'd reassured with his arms hooked over her ribs, it was just a part of him, like his height or his shoe size. 'Doctors called them the night terrors,' he'd had said with a wry smile. 'Makes them sound like some old aristocratic family, doesn't it?' She'd laughed a little and then kissed him. He slept right through that first night, and slept for many nights afterwards.

Some weeks later, when the attacks first began, Jean felt prepared for them. She woke instinctively and immediately tried to calm him. She held him tightly and felt the erratic beat of his heart; she stroked his hair and told him that he was safe, that she'd got him. Peter lay in her arms immobile. When she tried to hold his hand it did not easily yield and when it did, it did so grudgingly. She spoke softly, reassuringly, saying the very first things that came into her head. She talked about her dreams and her ideas for the house they would own; the cars they would drive, the places they would visit. And she held him close until he eventually drifted off to sleep. This went on for months. By the time they moved into their three-bedroomed house, however, she had become accustomed to his screams and shudders, and neither now woke her in the night.

Her father and mother had been a pair of sometime insomniacs. As a teenager, she was used to getting up in the night and seeing one or other of them sitting on the sofa, perhaps reading a magazine or sipping a hot drink. Sometimes she would stay up with them; other times just get a glass of water and take it back to bed. She always thought this was normal, so she was surprised to discover that her first husband could sleep through just about anything. She's always found this somehow creepy. 'I was dead to the world,' he'd say and she'd think what a perfectly horrible phrase: so chill and unpleasant. That the marriage lasted less than a decade was not solely down to his sleeping, though she couldn't help but believe it betrayed a fatal flaw somewhere deep in his character.

Peter's flaws were more obvious, apparent from the moment she first met him. It was the company summer party and he had been coerced into attending by his boss. Jean had never seen him before – he was a consultant – and he looked uncomfortable. He was dressed in a slovenly suit, with persistent flakes of dandruff on his shoulders, pricks of sweat on his top lip. They were in a garden under attack from an abundance of greenfly. An unfortunate woman in yellow was covered in them, dots of them sticking to the fabric of her dress. Jean was standing next to him when they both saw the woman – Kathy from sales validation – lose her patience and try to brush all the insects from her skirt.

'I bet you're glad you didn't wear yellow,' Jean said to him.

'Quite,' he said. 'It would clash terribly with these shoes.' He smiled quickly. Jean was quietly disarmed.

She introduced herself and they talked about work. Jean made spiteful comments about her colleagues, pointing out their indiscretions and unpleasant habits. He laughed and sipped at his wine, commenting where it seemed appropriate. When there was no one left to dissect, Jean suggested that they leave the party, discreetly and separately, and reconvene in the car park. She went first and Peter finished his wine, wondering whether she would still be there in five minutes' time.

The car park was deserted and she stood by a wooden fence, talking on her telephone. Her summer dress exposed her legs, her wedge espadrilles making her look taller, a lazy

gust of wind fidgeting her hair. As he walked towards her Peter buttoned up his jacket, then unbuttoned it. When she noticed him she ended her call and told him she knew of a restaurant nearby: it wouldn't take long to walk. She linked her arm with his and they chatted about how strange it was that they had not met before.

They ate outside a Spanish place, picking at fish and meat in tiny terracotta bowls. Jean did most of the talking, and he listened intently, his head leant on his fist, his marooned tie loosened and splayed. Around them it got dark; couples left and arrived. They drank a lot of wine and told their own little stories. He spoke with a slight drawl to his accent that might have been Irish or Scottish. She liked it whichever country it was. When the bill arrived, they split it and he did not suggest a nightcap, nor did she invite him to her flat for a coffee. Instead they kissed as it started to rain, two cabs arriving within minutes of each other. They had each other's numbers and that itching feeling that something had imperceptibly changed.

\*\*\*\*\*

Over the weeks, she bought Peter medicated shampoo and took him shopping. He went along without argument, enjoying the attention. She took him to her favourite salon where her stylist gave him a haircut he initially eyed with suspicion, but later came to like. It wasn't quite a transformation, more a remodelling. Every day he thanked her, even though sometimes she was unsure what she was supposed to have done.

Jean read up about night terrors, but didn't discuss her research with Peter. Whenever sleep was mentioned, she felt him stiffen and so she let it go. At his flat, a high-ceiling place in Edgbaston, she would select CDs at random from his collection and listen to them while he cooked. She had heard of almost none of the artists and she was surprised at how fragile and brittle the singers and recordings sounded – like people trapped on another planet. She liked that he had passions and enthusiasms she did not share, the faded, slightly bohemian feel to the place, the framed prints that hung on every wall.

It didn't matter whether they stayed at her place or his, the night terrors kept him awake most nights – despite her early attempts to wear him out with vigorous lovemaking.

After an attack he would remove himself from the bed and go to the bathroom. There he would wash his face, brush his teeth, shave, then head into the lounge and watch television. He'd pour himself a drink or two and return later to the cooling bed, his body fresh with the smell of cosmetics and the alcohol.

They went on several holidays together, and were introduced to each other's parents. The meetings were stiff and formal, though Jean's father and Peter bonded over a shared love of the Suffolk coastline. The two of them will sit in high, winged chairs and discuss with animation the towns of Aldeburgh and Southwold; they spoke of family holidays in cottages and caravans, the bitter taste of Adnams ale. It was on one such occasion, after a simple lunch and before their planned walk, that Jean realized she was going to marry him. Her first marriage had been agonized over, pinched and prodded until she was sure she was doing the right thing; but her second she decided upon without hesitation, while drinking a glass of red wine by the fire, her flushed cheeks reflected in its brass surround.

Two weeks later, Peter arrived home to find a suitcase packed in the hallway. She was sitting on the bottom step of the stairs already wearing her coat. 'We're going away,' she said. 'We're going on a magical mystery tour. Come on, get showered and changed. Quick, okay?'

She drove them both to a ramshackle cottage on the seafront at Aldeburgh. He loved its odd shape, its worn-down furnishings. They arrived late and he managed to sleep through till five or so. She woke with him and suggested they walked together down by the seafront.

'This is the perfect start to a day,' he said. 'If I could, I'd live by the sea. I'd walk by it every day.'

'We'll do that,' she said. 'One day we will do that.'

\*\*\*\*

That evening she cooked his favourite meal of potted shrimp followed by steak and mashed potato. They could hear the waves as they ate, and both had appetites emboldened by the sea. In the lull before cheese and biscuits, she proposed to him just

as she'd planned. In her right hand she held a velveteen box containing a simple engagement ring she'd bought from a flea market. She asked him to marry her, and he felt silent and wiped his mouth on a linen napkin. He sipped his wine and looked at the debris of the meal in front of him. His face crumpled and with a small dab of sauce at the edge of his mouth, looked papery. He wrapped his knuckles on the table. She felt her stomach plummet, as though she'd taken a jump from a diving board into a recently drained pool.

'Say something,' she said. 'Oh please, honey, say something at least.'

He wiped at his mouth again and put his head in his hands. He shook his head.

'No,' he said. 'I can't. I can't do that to you.'

'Do what?' she said.

'I can't,' he said. 'I promised myself I wouldn't do this.'

He looked away from her as he spoke. He told her he loved her very much. He told her that she had made him happier than he could ever have imagined. He told her that he never meant to let it get this far. He told her that she gave him hope and that there was nothing he would like to do more than marry her.

'So what is it? What?' she said. He looked up at her.

'I think I killed some people.'

\*\*\*\*

It was the Thursday before the wedding, a little after three in the morning. Beside Jean, Peter slept peacefully. Since their engagement, decided upon after that long night in Aldeburgh, he had slept through every night. The night terrors – a product not of genetics, but of genuine horror – had disappeared, replaced by long dreamless periods of sleep. He could not remember such restfulness; she could not think of anything but the dreams that now plagued her.

In the recurring nightmare, she saw bodies blistered by heat, felt the air thick with the stench of flesh and hair afire. The screams and the pleas and the stretching arms, the

metal melting on belt buckles, shoes dissolving into the floor. And him, her lover, watching, somehow flame retardant and dressed in his suit, smoking a cigarette lit from the inferno around him.

That Thursday she had been woken by it again, the fifth time in the last three weeks, and had been unable to rouse Peter or go back to sleep herself. Jean looked at her fiancé, his breathing easy and his body foetal. She put down the book she had been looking at rather than reading, then inched out of the bed. Pulling on a T-shirt with NO PROBLEM written on the front – a present from Jamaica – she moved into the hallway and then down the stairs. They creaked as she descended, but she no longer cared about waking him. Let him wake, she thought, let him suffer too.

It was late summer and the air was close and muggy. She went into the kitchen and put on the kettle and opened the fridge. From a plastic container she took a block of cheese and cut a chunk off at an angle. The kettle boiled and she made tea, which she took through to the living room. Most nights she ended up there, sitting on the sofa, blue-lit by the television. She watched talk shows and documentaries and programmes signed for the deaf, whatever night-time fare she could find. These days, she knew so much about all manner of trivial things.

Jean turned on the television and lowered the volume. It was a nature documentary about the wildlife of Siberia. She blew on her tea and watched the programme until the commercial break. Her mug empty, she put it on the coffee table and got up from the deep red couch and started to rustle around inside the cushions of the armchair. Somewhere, in a hollow she'd fashioned inside the padding, there was a packet of cigarettes.

She'd taken to hiding her cigarettes in ever more elaborate, deceitful places; even though Peter didn't even know she had started smoking again. 'We have no secrets,' Peter was fond of saying, which she thought a stupid, idiotic thing to say: what he really meant was that the big secret was out and the little ones didn't count. But for Jean the little secrets were the ones worth keeping. Which is why she hid the cigarettes with such ingenuity.

As she scrambled around inside the chair, she began to hope that the packet wouldn't be there after all; that Peter had discovered them, torn them up, and thrown them away. When she found them she counted them out, even though she already knew precisely how many there were.

Jean walked through the lounge, opened the patio doors, and sat down on the folding canvas chair. She lit a cigarette and inhaled as much of the smoke as her lungs could take. She did this every night and often wondered whether she could die that way: asphyxiated by too much smoke taken to quickly into her lungs.

The night was still and calm. She flicked the ash from her cigarette into a small barbecue. Peter had bought it months before as a challenge to himself; but they'd only used it once. It had not been cleaned since and stubborn pieces of charred meat remained stuck to its grill. Every time she saw it, she thought she could clean it, but she never did. Some nights she was even tempted to pull some of the flesh off the metal and eat it. But she never did that either.

As she smoke, she tried not to think about the fire, nor think about Peter. She'd spent most of the nights since he'd told her thinking about it in way or another. Sometimes simply recalling exactly what he'd said. Not the main part, not what he thought he'd done, but that first sentence that cracked and splintered her life. *I think I killed some people.*

She could hear the words crisply in her mind, recall the dampness of the rented cottage's rooms, see him sitting at the table, his hair well styled and his sweater well pressed and that dab of sauce still at the corner of his mouth. The softness of his voice, its soothing timbre saying something so brutal, so stark. *I think I killed some people.*

The more she thought of it, the more angry those six words made her. The non-specificity of *some people*, the prefacing of such unspeakable violence with *I think*. It made her want to shout and scream, to beat at his chest with her balled-up fists. You think you killed some people? You think?

Inevitably then she'd imagined the dead bodies, the ash of the living cremated, the fireball whoosh of the explosion. In those first months, she did a lot of research on the

fire, research which, like the smoking, was another closely guarded secret. She read transcripts of firemen's testimonies, newspaper reports, the official governmental inquest. Nowhere was there blame attached; at no point did anyone say that there was someone culpable for the deaths of thirty-one people in a fire at King's Cross Underground station. But someone's fingers had dropped the match that had ignited the matter below the escalator steps. Someone was responsible.

She stood up and looked over the fence into next door's garden. It was neat and pretty, regimented flowers in beds and a well-maintained rockery. She wondered if they'd noticed if she crept onto their lawn, lay down on the lush turf and slept. It was a strange idea and one that hung heavy in her head. She wanted to sleep; she wanted all the sleep he was denying her, but instead she took in another huge lungful of smoke.

On that evening, Peter had been drinking in a pub in Soho with his then girlfriend, Simone. They were drunk and had argued over something and nothing. On the Underground their disagreements had become more personal. In front of an alarmed carriage, they had argued in her native French and later in English, his Galway accent increasingly loud. At Euston she ended their relationship and at King's Cross she danced past the crowds with Peter in pursuit. He lost her in the tunnels somewhere near the Piccaddilly Line. He took the escalator and on the way up to the ticket hall struck a match, lit an Embassy and let the match fall. *I think I killed some people.* Thirty-one people to be precise. Jean even knew some of their names.

When his confession was at an end, she had, of course, told him not to be so stupid. In that rented cottage she'd taken him in her arms, her ring box still tight in her hand.

'Sshh,' she'd said. 'It's okay. I've got you. I've got you, Pete.' And she'd explained about how it could have been any number of people and that it was an accident just waiting to happen and that there was no possible way he could know it was him who had caused such a catastrophe. She felt starchy and nanny-like. She stroked her hair and could almost feel the relief flooding from him. They stayed like that for a long time, Jean telling him it wasn't his fault, that he wasn't to blame, that he was not responsible.

\*\*\*\*

She watched next door's cat pad along the fence. For a moment she was tempted to flick her cigarette at it. She could see how easy it would be to hit its black and grey flank. The cat jumped down and still she had the cigarette poised, though now her shot was compromised. If she missed now, the cigarette would be lost in the tangle of weeds and nettles by the fence. It could start a fire. A real one, not the one that just burned up her nights. She had plenty of matches, she could set the whole lot alight and watch it go up, watch it rage from the upstairs bedroom, taking every garden with it.

She wished that he had never said anything. That the man she was in love with was back: the shy, lonely person with a constant look of surprised happiness on his face. The killer of some people. Of thirty-one people. Absolved from that blame, he had become divorced from himself, and from her. Despite everything, she had preferred the remorse.

She put out her cigarette and looked back inside the still, dark house. Each night she watched for his bare ankles on the stairs, the look of horror on his face, his T-shirt and shorts damp with sweat. 'I had the dream again,' she'd heard him say, and she'd hold him and tell him that she'd got him and that he was safe. She wanted him to have the dreams again; she wanted him to take back from her. But he never came down the stairs and never saw her smoking cigarettes sitting out on the canvas chair.

The car stretched, sleek in the night, then washed itself for a time. When it stopped it nudged its noise against a stray piece of timber. Jean looked again at the matches and then back at the house. When she turned around again the cat was looking at her, holding her gaze with reflective, filmy eyes. It was still for a second, then darted off through the garden and out into safety.

**Matryoshka (*The Rental Heart and Other Stories* by Kirsty Logan)**

Elimae was a magician with a key in her mouth, a foreign language, a matryoshka doll: uncomplicated on the surface, but with a dozen secret selves hidden inside.

She thought I didn't notice her, but she's all I did notice. All day I'd ring for iced water, sugared pastries, pots of blossom tea. Then I'd ring in the middle of the night just to see her stumble to the foot of my bed, hair twisted in rags and nightgown sleep-rumpled. I'd whisper my request so she would have to lean closer; so I could almost feel the heat from her skin. She's brought me the extra blanket or glass of warm milk, then disappear back to her room, so tired that she'd forget even to curtsy. I liked to think that my face, being the last thing she saw, smudged into her dreams.

I did not know what I was to her – a tyrant, a grasping child? – but I knew what I wished to be. Elimae was a matryoshka doll, and I did not want her surface: that painted design everyone could see. I wanted to pull apart each doll until I got to the one at the centre – the tiniest doll, the only one that couldn't be split in half.

When my brother Laurent turned 21, our parents decided it was time he found a princess – or rather, that one was found for him. At 17, I still had a few years of grace before I too had to be married off. To find Laurent's princess, our parents invited every lady in the land to a masked ball. Invitations were sent, the gold leaf indented into every letter by hand and delivered by a servant on a white horse. Responses were not necessary; no lady would miss a chance to become the next Queen.

I gathered my maids a month before the ball to plan my dress, my hair, my shoes. I asked them all what they thought, but the only opinion I cared about was Elimae's. Whatever she found beautiful was what I wanted to be. She was excused her usual tasks to work on my slippers, stitching pearls to the soft upper until it was too dark to thread her needle.

While the castle slept, I crept out of bed and pulled out the shoes, lining them up on my knees. I kissed each smooth, warm pearl, imagining I kissed her fingertips. All I could think about was the night of the ball: Elimae dressing me, arranging each ribbon and ringlet, then standing back and seeing how beautiful I looked, my delicate feet in the slippers she made. I planned to send her to bed after that, carrying my image straight to her pillow. I'd have one of the other girls to undress me after the ball, so that Elimae

wouldn't see how my powder had smudged or smell the stale wine on my breath. Just for that night, I wanted to be beautiful for her.

Three days before the ball, and I was almost ready for display. The hairdresser had prepared a creation for my head: a cage of spun sugar around which my hair would be twisted and pinned, and which would disintegrate through the evening, scattering ringlets and glittering sugar shards onto my bare shoulders. The dressmaker had sewn three dozen jewels onto the bodice of my gown in the stylised curls of a peacock's tail. But the shoes remained half-stitched.

I rang the bell for Elimae with every turn of the clock's hands and asked about the shoes. The shadows under her eyes fascinated me, cinder-grey darkening to foxglove purple, the night before the ball the shadows were the colour of charred wood, but my shoes were almost finished. I paused before dismissing her, watching the way she swayed with fatigue, wishing more than anything that she would collapse. Then I could take care of her: tuck her into the empty side of the bed, lay my hand on her sweat-itching brow, press my lips against her needle-swollen fingertips. But I could not touch Elimae, so I had to content myself with the last thing she had touched. I slept with the shoes cradled to my chest, dreaming of her fingers on the pearls.

The next day I could not sit still, not even for a moment. I wandered the wings and walkways, looking for Elimae. When I caught sight of her, tousle-haired and tired-eyed as a street urchin, I quickly looked the other way. She bustled past me and I turned to watch, desperate for a glimpse of the pale skin of her throat.

Three hours before the ball, my dressing-up game began. My serving ladies made me into a mannequin, an invalid, a work of art. They passed in a blur, powdering and tight-lacing, but Elimae was nowhere to be seen.

Finally I was almost complete, perfect from my head to my ankles. I was standing on my wooden block to allow the dressmakers to re-stitch the hem of my gown, so I had a clear view of each tired head bent over its work. I was sure that Elimae was not in the

room, and I couldn't bear the thought that she would miss my moment of beauty. As much as I wanted to stand there all night just so that Elimae could see me, I knew I could not. My mother, my father, Laurent; no one would understand that Elimae was all I cared for. I closed my eyes to hide my tears and stepped off the block – straight into my pearl-stitched shoes.

Without opening my eyes I knew that those were Elimae's palms pressing against my heel, Elimae's fingers easing my toes into the shoes. And, just as surely, I knew that these were not the shoes Elimae had been working on for the past month.

*I'm sorry, she was saying, my mistress, I could not finish. I'm sorry, I did try.* Her hands were hot and dry against my ankles as she slipped my feet into the soft blue slippers I wore every day to shuffle along the polished floors of the palace.

The gown is long, I thought; it will hide the shoes. I can make an excuse, I thought; tell my mother that I did not like the gleam on the pearls. I did not say these things.

*Elimae*, I said as I stood there in my worn blue shoes. And she would not look at me.

I waited, alone in my room, until the vibrations from the ballroom started to shake my spun-sugar cage loose. The sounds of the orchestra and a thousand dancing feet got steadily louder as I walked along the corridors.

Instead of parading down the wide arc of the main stair like the other ladies, I slipped through a side door, joining in the twirl of skirts as if I'd always been there. I made sure to take small steps to hide the scuffed heels of my shoes. I quickly found a man's hand to hold – as long as I kept a pretty smile on my face, he wouldn't notice my distraction. I did not even know whether I knew him; as this was a masque, his face covered in that of a wolf. I rested my head on his shoulder and breathed in his smell of hair oil, starched cloth, and flower pollen. I felt it cloying on the back of my throat, but as long as I focused on him – the deep comb-ridges in his hair, his palm sweating onto my waist – then I wouldn't think of Elimae.

As was my habit, I was still searching every face to find hers. Silly, I know: she would be crying herself to sleep, or still desperately trying to finish stitching the slippers. I didn't want her to cry over me, but at least she was thinking of me. Perhaps I would visit her later. After the musicians had broken all their strings, after the dancers had hobbled home on tattered feet, after the whole palace was as quiet as a secret lover, I would tiptoe along the halls to Elimae's door. I would not knock, of course. I would creak open the door to reveal the tableau of a wretched girl: a tear-soaked pillow, patched skirts spread out across the bed, her tiny feet poking out of the bottom. Thinking of Elimae, all ready for me to save, made me smile and pull my dancing partner closer. His sweaty hand gripped mine harder, his fingers on the bird-thin part my wrist, making the bones grind. I pulled back, keeping my gaze carefully away from his.

In the ballroom all the skirts billowed, all the bosoms swelled, but none caught my eye. The ladies' faces were disguised as swans, deer, pampered housecats. The men had all chosen to be wolves or dogs. I kept my eyes down on the floor, watching the dull glitter of shoes twisting round one another.

A flash of gleaming pearl.

I started, pulled away from my dancing wolf, but was dragged along by the force of bodies moving in sync. Had I imagined those shoes, those pearls I had kissed every night? I looked wildly around the room, trying to catch a glimpse of the shoes I knew so well. I had to know who had stolen my precious shoes, but all I could see were masks, blank and leering.

I let go of the wolf and forced my way through the shifting sea of the crowd, all toes and elbows. Pressed up against the wall, I stared around the ballroom. Nothing but twirling skirts and straining backs then – there! The gleam of a pearl. I kept my eyes on the swift movement of the shoes, upwards to a froth of white skirts, a tight-laced bodice, a single pearl nested in the swell of breasts, and a mask of pale dove feathers. As the dancer turned I examined the line of her jaw and the angle of her wrist, trying to put them together into the shape of someone I knew. Someone who would steal my most

precious possession. No, I amended, my most second most precious – Elimae was surely the favourite thing I owned.

I kept staring at the masked dove, twirling gleefully in my stolen shoes. Belatedly I realised the identity of her dancing partner – my brother, Laurent. Dancing with the marriageable prince was surely making her the envy of the entire room. Laurent stretched out his arm to spin his mysterious partner, his smile obvious even under his lion mask. The dove turned under his arm, and she pressed her body back against his, she looked straight at him as though she had been aware of my gaze all along.

I knew those eyes. Elimae, my matrioshka.

Everything movable in me rushed to my throat, and I felt like a storm was thudding inside my head. I pressed my hands against the wall to keep from falling down. In the polished floor of the ballroom, the pearl shoes reflected to infinity. Had Elimae finished them and not been able to find me, and so had worn them herself only to show me how hard she had worked? Had she constructed two pairs, working double hours in secrets, so that we might match? Was she dancing with my brother because he was close to me, was my same blood and flesh? I could not think. I kept my back pressed up against the wall, the dancing figures blurring in front of me. The only shape I could make out was Elimae, shining clear as the north star in my brother's arms.

I stood on the corridor outside the ballroom for a long time. I stared at the polished floor, looking at my own tear-streaked reflection and trying to make sense of what I had seen.

It was not possible that Elimae could not love me the way that I loved her. What else could make her answer my ringing bell, tuck me into bed, arrange every lock of my hair? What else could keep her here in this castle? What else, but love?

The next day Laurent announced that he had found his princess. Elimae was displayed for the kingdom, paraded before the dukes and courtiers and footmen and swineherds. I

watched from my window as she trotted through the courtyard. Her dress was so long it covered her feet, and a jewelled tiara pressed her curls flat against her forehead.

I stayed on bed all that day and all the next. Servant girls brought silver plates of boiled eggs and tiny cuts of meat from songbirds. The textures sickened me; I pushed them onto the floor. The servant girls bustled around my bed, peering at me when they thought I wouldn't notice. I turned away from their faces: they all looked the same, all blank, all wrong. On the inside of my eyelids, Elimae's pearl shoes reflected a thousand times.

I heard the story carried in servants' whispers through my door: a midnight tryst, a lost slipper, a chase across the country for the treasure of Elimae's hand. Spittle-freckled horses and her heel sliding perfectly in. I rang my little china bell through the night, keeping my eyes closed when I heard the door open so that I could imagine her tired eyes, her sleep-rumbled nightgown. But the smell from her wrists was all wrong. The voice, the sound of feet on the floor: all lies. I pulled the covers over my head.

Two months later, they were married. As Laurent's sister, I carried a bouquet and dabbed at my eye at the appropriate moment. Elimae wore an ivory dress and jewels in her hair. She glowed.

After the ceremony I escaped to the hallway, the floor just as shiny as it had been during the ball. I am convinced that my tear fell in the exact same spot as it had that night.

Elimae was a matryoshka doll, and I had not wanted her surface. I'd wanted the tiniest doll, the one at the centre, the one that could not be split in half. There she stood in her snow-white dress: unbreakable.

**The Chicken and the Egg (*This Isn't the Sort of Thing that Happens to Someone like You* by Jon McGregor)**

It's not really something he likes talking about, to be fair. It is, in actual fact, quite a difficult thing to discuss. But it's becoming more of an issue. It's having knock-on effects. What it is, he has this fear of breaking open eggs. It's a type of phobia. There doesn't seem to be a Latin name for it. He's checked. But essentially he has this fear that he'll one day break open an egg and find a little baby chicken foetus curled up inside. Dead. Occasionally he imagined it being just about alive – limply flopping is the phrase which comes to mind – but he's pretty sure that's just him being irrational.

He is in actual fact quite sure the whole thing's irrational but he can't get the idea out of his head. He knows something about poultry-farming methods; he's been looking into it, and he knows that the chances of a fertilised and developed egg making its way into the retail chain are just about impossible. For starters if it was an egg from a battery-cage site then it stands to reason it wouldn't be fertilised. Due to the cages, that would be. And even on the organic or free-range sites they do have these incredibly strict inspection regimes. It would be a failure of what he's been reliably informed are very robust systems. Millions and millions of eggs are produced every single day.

It would only take one.

It started when he overheard a man in a café describing it actually happening to him. The man was the owner of the café. He was talking to a woman at the counter who was ordering breakfast. He told her that some years previously, when he was working in the kitchen, he'd broken an egg and found a baby chicken inside. He described it in quite some detail, was the thing: how perfectly formed the foetus had been, with feathers and everything, how there was mostly blood and membrane where the yolk should have been. He told the woman it had quite shaken him up and he'd been unable to cook with eggs from then on. The woman changed her mind about what she was ordering. It's a conversation he can remember very clearly. There were certain shapes the man made with his hands while he was describing it all.

But when he knew it had got really bad was this one time when he was staying with his wife at a B&B. It was out in the country somewhere and the landlady kept chickens in

the garden. His wife had liked that. She'd thought it was very authentic. Only he'd noticed that there was a rooster in with the hens, and then at breakfast he'd found these dark-red specks in the yolks of their fried eggs. Tiny specks, to be fair, about the size of a pencil mark made with a very sharp pencil. But he'd understood what they were. And the trouble was, he hadn't wanted to say anything to his wife, and he hadn't wanted to offend the landlady, and so he'd gone ahead and eaten the bloody things. And then what was awful was that they were absolutely delicious: they were literally the freshest eggs he'd ever eaten and they really were very good. Creamy and soft. Light. But at the same time he hadn't been able to stop thinking about the tiny dark-red specks. It was as if his imagination was a microscope, was the way he thought of it. And after that the whole trouble with eggs got serious, was what happened, was how he recalls it happening.

It's the anticipation which gets him. Even just thinking about it. even nowhere near a cooking situation or an eating situation, just thinking about it at some other moment. The anticipation is what really makes the damage. If he does happen to find himself in an unavoidable egg-breaking scenario, the tension is almost literally palpable. His stomach clenches, and his face more or less prepares to express disgust. He'll stand there with the egg held out at arm's length, like what it might do is explode. He'll close his eyes, and brace himself, and cracked it into the bowl or the pan, and then once his eyes are shut what he has to do is brace himself all over again to open his eyes and look.

If it could just happen, is what he'd started to think. If he could get it over and done with. Then he wouldn't be all worked up with the anticipation. The reality of it might not even be all that bad, considering. Considering all the things he's imagined.

Sometimes he's imagined it happening with a hard-boiled egg. Picking off the shell, getting the salt and pepper ready, and then cutting through the firm white of the egg and making the discovery. On a picnic. On a train. At a business meeting. Or even worse, having served the hard-boiled eggs to a guest. In a salad, such as perhaps a salad of cos lettuce and rocket, with a dusting of paprika across the eggs, some quarters of very ripe tomato, parmesan shavings, and olive-oil dressing. The eggs still just warm enough to release the fragrance of the olive oil. The guest being the first to cut into the egg.

Or also he's imagined it happening whilst preparing a fried-egg sandwich. The oil heating in the cast-iron pan. The thick slices of white bread lightly toasted, buttered, and dressed with tomato ketchup. The tea brewing in the pot. Breaking the egg into the pan, looking away for a moment to grab the salt and pepper and then turning back to find it there just as the white begins crackling at the edges. And what would happen then would be the heat having the effect of making the foetal chicken turn over in the pan, or just twitch slightly. It would create an illusion, is what he thinks.

And, yes, he understands there are effective treatments available for phobias. He has made some discreet enquiries, is how he knows this, and how he knows these treatments to be mostly based around a programme of gradually increasing exposure and reassurance. But then when it comes down to is he can't imagine how this would be any help at all. In his particular situation. Which isn't something he likes to discuss, to be fair. He had cracked open plenty of eggs in the course of his life, so whatever it is he needs to do isn't increasing his exposure, gradually or otherwise. Reassurance would be another thing. All these eggs he's cracked over the years and if anything the phobia is only getting worse. What he thinks is this is only logical. If the odds of it actually happening are one-in-a-million or one-in-a-billion or however high they are, then what follows is that with every egg he safely cracks open the probability actually increases. He's not sure if the statistical reasoning of this is entirely sound. But he still can't help feeling that every egg brings him closer to the thing he dreads.

So he did tell his wife about this, eventually. He had to tell someone, was the conclusion he came to. It didn't help matters, as it turned out. It could be said to have brought things to a head between them. There was some mockery. There was a poorly executed hoax involving a child's toy. Also, a man with whom he was vaguely acquainted at work, a man who was later identified as a co-respondent in the subsequent divorce proceeding, made a barely audible clucking noise as they stood together in the canteen line.

He hasn't actually discussed it with anyone else since then, to be fair. He's not all sure it would help.

### 3. Presupuesto

Nombre: Marta Jiménez Martínez  
NIF: 39931303Z  
Dirección: C/Pi i Margall, 12 1-3  
43205 Reus tel. 617969161 [jmmarta3@gmail.com](mailto:jmmarta3@gmail.com)

Presupuesto nº 04/2022  
Fecha presupuesto: 29/01/2022

Ediciones Laberinto  
00000000X  
Av. Cataluña, 5, Tarragona  
[rrhh@laberinto.es](mailto:rrhh@laberinto.es)

Traducción literaria EN>ES 0,09€/palabra	
<b>Tipología del texto</b>	
Relatos cortos	
<b>Texto</b>	<b>Palabras</b>
Antología de relatos cortos	10.000
<b>Importe base: 900,00 €</b>	

**Fecha de entrega: A concretar con el cliente**

**Condiciones de pago:** 15 días a partir de la fecha de emisión de la factura, por transferencia bancaria.

**Observaciones:** Precio base, sin impuestos. Tener en cuenta que en la factura se sumará el IVA y el IRPF.  
Se garantiza total transparencia y confidencialidad con los archivos entregados.

Fecha y firma de aceptación del presupuesto

## 4. Traducción

### ¿Te acuerdas de la novia a la que le picó una abeja? (El lanzador de piedras, Adam Marek)

Sólo llevaban diez minutos en marcha, pero Víctor ya iba resoplando, rojo como un tomate. La culpa era de la cesta de pícnic. Un verdadero monstruo, tan grande que hubiera podido contener un cadáver y tan pesada que el mango de cuero le había destrozado la palma de la mano. Víctor la arrastraba, a paso de tortuga, por el caminito de tierra entre matorrales y bajo el zumbido de los postes de electricidad. Sus sandalias levantaban nubes de polvo y lanzaban piedrecitas por los aires. No había forma de controlar la cesta que se balanceaba en la mano de Víctor como si tuviera vida propia sin que él pudiera impedirlo, ni siquiera cuando arremetió contra su espinilla con una de sus puntiagudas esquinas de mimbre.

Alertados por el grito de Víctor; su esposa y su hijo, Tara y Nate, se detuvieron y miraron hacia atrás.

—Es una dichosa arma letal —dijo Víctor—. Dejó la cesta y levantó la pierna para enseñarle a Tara el dichoso rasguño. Ahora que había dejado de caminar, por su cara goteaba un sudor reciente, que aumentaba la sensibilidad de su piel a la ligera brisa que cruzaba el campo de colza.

—Nate me acaba de decir algo muy triste —dijo Tara con su cara de ángel. Cuando hacía pucheros con los labios, Víctor se acordaba del trasero de un gato.

—¿Qué pasa? —dijo Víctor, mientras se tocaba el borde de la herida y daba un respingo.

—Me ha contado que su amigo imaginario ha muerto. —Víctor resopló.

—Ay, Dios —dijo él—. *Quel damage*. ¿Cómo ha muerto?

—¿Cómo ha muerto, cariño? —preguntó Tara.

—Se ha suicidado —dijo Nate.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Víctor.

—¡Qué horror! —dijo Tara—. ¿Por qué diablos...?

—Pero, ¿qué mosca te ha picado? —Víctor dijo.

Tara se apartó el flequillo perfectamente recto con ambas manos. Torció la comisura de la boca hacia arriba para soplarse la frente.

Nate se estaba hurgando una costra en el codo hasta que Tara le dio un cachete en la mano.

—Llevo un buen rato avisándote...—dijo ella. Las rodillas huesudas, codos y espinillas de Nate estaban cubiertos por esa piel rosada que sólo se encuentra debajo de las costras. Enganchó un dedo en el bolsillo de los vaqueros de Tara. Estaban rodeados por el silencio absoluto de los matorrales.

Víctor intentó sentarse en el borde de la cesta, hasta que Tara lo detuvo con una sola sílaba: «¡Eh!»

Víctor se frotó la mano dolorida contra la buena.

—Todavía nos queda un buen tramo por delante —dijo Tara.

El cesto de mimbre soltó una especie de gemido cuando Víctor volvió a cargarlo y reanudó la marcha tras ellos.

—Nate —dijo Víctor—, ¿sabes lo desgraciados de verdad que son algunos niños en el mundo? Hay niños en zonas de guerra que han presenciado cómo soldados disparaban a sus padres. Hay niños en pueblos del tercer mundo que no tienen comida ni agua potable. No tienen *Playstations*. Tienen moscas y diarrea.

—Estamos a punto de comer —dijo Tara.

—La verdad es que no puedo soportarlo —dijo Víctor—. Esta tristeza perpetua. ¿Sabes que cuando llaman a la puerta me aterra que sea la dichosa trabajadora social?

—Dramatizas demasiado —dijo Tara.

Nate observaba el suelo mientras caminaba.

—Levanta la cabeza —dijo Tara.

—¿Hay algún problema, peque? —Víctor dijo— Porque sabes que podemos arreglar cualquier cosa. Tu madre y yo somos más inteligentes que la mayoría de padres, y tú eres mejor que los dos juntos. No hay problema alguno en el mundo que no podamos resolver.

Nate no dijo nada. Le dio una patada a una piedra que tenía delante.

Esta era la primera vez que Víctor se ponía los pantalones cortos ese año, y desde el anterior sus muslos y su vientre se habían ensanchado un poco, así que cuando el teléfono sonó en su bolsillo, le costó sacarlo; le costó tanto que cuando lo sacó, el buzón de voz ya se le había adelantado.

—Creía que no ibas a trabajar hoy —dijo Tara.

—Tenéis suerte de que esté aquí —dijo Víctor—. Dave está enfermo y tengo dos bajas, así que hoy solo hay seis personas trabajando. Debería estar allí. Pero te lo prometí, así que aquí estoy. Puede que mi teléfono suene una o dos veces y tenga que contestar. Así está la cosa.

Mientras Víctor se detenía para ver quién había llamado, Tara avanzaba y practicaba el francés con Nate.

—Ça va? —dijo ella.

—Ça va mal —respondió él.

—Ay, peque, ¿por qué siempre ça va mal?

Era Steph, la empleada más antigua del equipo de Víctor, lo que la convertía en la más veterana en los huertos aquel día.

—Lamento molestarte —dijo Steph cuando le devolvió la llamada—, pero el cliente insiste en que debemos polinizar los seis huertos hoy.

—Dile que eso no es lo que acordamos —respondió Víctor.

—Pero no para de restregarme la orden por la cara e insiste en hablar contigo —dijo.

—No le des mi número. Dile que hasta donde sabes, sólo tenéis que polinizar cuatro huertos hoy y que no tenemos gente más que para eso. Dile que, si sigue haciéndote perder el tiempo, ni siquiera podréis hacer cuatro. Pero dilo de una manera más educada. Sobre todo asegúrate de no darle este número. Hoy no estoy disponible.

—No está nada contento.

—Tú dile que no sabes nada y que volveré esta noche para aclararlo todo.

Tras atravesar los campos, y subir y bajar por el otro lado de la colina, llegaron a una pequeña arboleda. Allí, a la lujosa sombra de los árboles, Víctor se detuvo para sacar una botella de agua de la cesta. Debería haber bebido hacía veinte minutos, cuando la sed apareció por primera vez. Ahora; con el calor, el sudor y el esfuerzo de llevar a cuestas la cesta nueva de Tara, un dolor de cabeza había empezado a manifestarse en sus sienes. Dio unos cuantos sorbos, después acarició la superficie fría de la botella con una mano y acto seguido se la pasó por la cara.

—Cariño, acuérdate de que tendremos que hacer todo el camino de vuelta —le gritó Víctor a Tara.

—Haz el favor de callarte —dijo ella molesta—. Ya estamos llegando.

—Cualquier sitio por aquí estaría bien, ¿no te parece?

Tara lo ignoró y continuó. Eran las 13:45, ya hacía un buen rato que había pasado la hora de comer.

A la izquierda del camino, en lo más profundo de la arboleda, descendía una empinada ladera de cuyas profundidades emergía un murmullo de agua corriendo. Víctor no podía ver el arroyo porque los altos helechos lo ocultaban todo, pero su sonido le producía un efecto reconfortante que le permitía caminar más rápido y alcanzar a Tara y Nate. Tras haber dejado muy atrás el sonido del agua, llegaron a un caminito cubierto por árboles en forma de arco que conducía al claro de Tara.

Las hierbas ligeras como plumas eran tan altas que Víctor tuvo que aplanarlas con los pies, caminando sobre ellas de un lado a otro, para poder colocar una manta. Y antes de sentarse, todos tuvieron que gatear sobre ella para tronchar con los puños y las rodillas los persistentes tallos que había debajo.

—No puedo creer que no haya una zona para aparcar más cerca —dijo Víctor.

—Cuando venía de pequeña —dijo Tara—, el parquin siempre estaba lleno y había coches estacionados en los arcenes a lo largo de todo el camino. Una vez, peque, tu abuelo aparcó en un arcén tan empinado que el coche casi vuelca con todos nosotros dentro. No puedo creer lo tranquilo que está ahora.

—Pues, es un buen sitio — dijo Víctor—. Una vez llegas aquí.

Se dejó caer de lado. La manta caldeada por el sol le consoló de sus dolores. Con los ojos cerrados, apenas podía oír el zumbido de la autopista a un par de quilómetros de distancia, antes de que Tara destruyera el silencio al abrir la chirriante tapa de la cesta, rasgar los envoltorios de plástico de la baguette y los tomates, y abrir las tapas selladas al vacío de las fiambresas.

—Sabes —dijo Víctor—, casi te puedes imaginar que somos las últimas personas en la tierra.

Como si quisiera contradecirlo, el teléfono en su bolsillo volvió a sonar.

—Si respondes —recalcó Tara—, empezaré a recoger y nos iremos todos a casa.

—No seas tonta —contestó Víctor, mientras rodaba sobre su espalda para que los dedos le entraran dentro del bolsillo ajustado. Se puso en pie y contestó el teléfono, mientras se dirigía hacia el sendero y la sombra. Pero antes de llegar allí, se detuvo.

—¿Qué ha hecho qué? —exclamó.

—Nos ha dicho que nos fuéramos y que volviéramos cuando estuviéramos listos para hacer seis huertos —respondió Steph—. Está histérico.

—¿Y qué le has contestado?

—¡Nada!

—¿Dónde estás ahora?

—Estamos subiendo a la furgoneta. Todavía puedo verlo. ¿Quieres hablar con él?

—Ahora no. Dios mío. Mira, yo... —y entonces, por primera vez en su vida, Víctor colgó. El arrepentimiento se apoderó de él al instante y lo retuvo allí por un momento. Se quedó mirando las partes altas de las hierbas inmóviles, las pequeñas moscas que combatían en el aire y, en lo alto, las tenues nubecillas deshilachadas que desprendían trazos de hielo. Lo maldijo todo.

De vuelta a la manta, Tara estaba untando humus sobre un trozo de pan con el dorso de una cuchara.

—¿Puedes apagarlo ahora? —ella dijo.

—¿Por qué no usas un cuchillo? —Víctor preguntó, mientras metía el teléfono otra vez en su bolsillo.

—No metiste ninguno.

—Recuerdo claramente haber metido uno.

—Bueno, pues entre dicho momento y este, ha desaparecido.

Víctor rebuscó en la cesta, palpando dentro de los bolsillos de lona roja, pero no encontró ningún cuchillo excepto su navaja Leatherman.

—Entonces, ¿vas a apagar tu teléfono para que podamos comer en paz? —dijo Tara.

—Sabes que no puedo, pero ya no me volverá a llamar. Tuve que mentirle a un buen cliente para estar aquí hoy, así que al menos podrías estar un poco agradecida.

—Estamos agradecidos, ¿verdad, peque? —dijo, hundiendo una aceituna negra en el espeso hummus y después pasándosela a Nate—. Estamos muy agradecidos.

Víctor cortó un buen trozo de baguete con su Leatherman. La hoja afilada la atravesó con facilidad en un par de pasadas. Sostuvo el pan en la mano, y lo cortó a lo largo, con cuidado de detener la cuchilla antes de que se acercara a su palma. Limpió el cuchillo en su cadera, dobló la hoja, abrió el paquete de salami y metió cinco lonchas dentro del pan.

—Carne —dijo, con su voz más grave.

Con la cuchara de Tara, echó una gran cantidad de hummus en el bocadillo y lo esparció por todos lados. Al dar el primer bocado, el hummus se escapó por un lado del pan y tuvo que chuparlo.

—Mmm... —gimió, cerrando los ojos— Es increíble lo bien que sabe un sencillo bocadillo después de una hora de sufrimiento.

—Exageras.

El entusiasmo de Víctor por su bocadillo lo dejó sin aliento. —Y, Nate —dijo encajando un bocado en la mejilla—. Este amigo imaginario tuyo... ¿Se ha ido para siempre o puedes resucitarlo de alguna manera?

—Ahora no —dijo Tara.

—Es una pregunta seria...

—Hoy no.

—Tienes razón. Lo siento. Este es tu día especial.

—Sí que es un día especial para mamá —dijo, volviendo a enroscar la tapa del zumo de manzana—. Si tu abuelo todavía viviera, Nate, hoy tendría setenta años. ¿Recuerdas a tu abuelo?

Nate apretó los labios en señal de reflexión y asintió.

—Cuando yo tenía tu edad, mis padres solían traernos a tus tías y a mí aquí todo el tiempo, y a nuestros primos también. No creo los conozcas. Nos juntábamos un grupo grande, siete niños y tres mantas en un mismo lugar. Y mientras los mayores se echaban la siesta, bajábamos al pequeño arroyo de allí y pescábamos gambas de agua dulce con

bolsas de patatas fritas. Solíamos fingir que eran caballitos de mar. Después de comer, iremos a explorar para ver si sigue ahí.

A medida que hablaba, la sonrisa de Tara se iba ensanchando. Pero entonces, se detuvo de repente y su rostro volvió a adoptar su configuración predeterminada.

—Víctor —dijo ella—, ¿ese es tu teléfono otra vez?

Víctor no había notado ninguna vibración, pero sacó su teléfono para comprobarlo.

—No —contestó.

Pero sí que había un zumbido.

—Suena como si fuera una abeja —dijo Tara.

—No puede ser.

Pero ahí estaba, por improbable que fuera. Una abeja. Como las que Víctor recordaba de su infancia. Su aparición hizo que tanto Víctor como Tara se pusieran en pie de un salto y echaran la cabeza hacia atrás todo lo que daba el cuello para distanciarse de ella. Nate también dio un brinco, y se abrazó para protegerse.

Víctor miró alrededor de la manta en busca de un objeto para utilizar como arma.

—Dame algo con lo que golpearla —dijo.

—¡No! —dijo Tara— La enfadarás.

La distancia entre los tres se iba ensanchando a medida que cada uno retrocedía ante sus avances. La abeja amplió su zona de patrulla hasta proclamar como suyo todo el espacio aéreo de la manta e intensificó su zumbido mientras volaba hacia cada uno de ellos, realizando un patrón de ataque triangular que les hacía chillar cuando se les acercaba.

Les fue haciendo retroceder y alejarse unos de otros hasta un punto en que tenían que comunicarse a gritos. La criatura se burló de ellos durante un minuto más, antes de lanzarse en picado sobre la pálida piel de la espinilla descubierta de Nate.

La histeria de Nate había alcanzado tal punto que no prestó atención a las instrucciones contradictorias de Víctor o Tara, y la aplastó con la mano.

Víctor y Tara corrieron hacia él, a toda velocidad, al escuchar su explosivo «¡Ay!».

—¡Enséñamelo! — exclamó Tara, tratando de apartar las manos de Nate, pero él se resistía.

—Déjanos ver —dijo Víctor.

—¡No! — contestó Nate— Me duele. Me duele mucho.

Víctor sujetó con sus dedos velludos la muñeca de Nate y retiró la mano para poder ver bien. Nate había pasado el otro brazo alrededor del cuello de su madre y se puso a dar saltitos sobre un pie, a la vez que sostenía la pierna de la picadura en alto.

—Quédate quieto un segundo —dijo Víctor, mientras ponía una mano debajo de la rodilla de Nate para mantenerla firme.

La pequeña aguja marrón del aguijón de la abeja seguía clavada en la parte delantera de la espinilla de Nate. En el extremo, había un pegote de una sustancia viscosa y amarillenta como la mantequilla. Tara se inclinó para verla y dijo: «¡Dios mío, todavía palpita!». Le fue dando golpecitos con los dedos hasta que la retiró, y en su lugar dejó un feroz punto rojo en el centro de un círculo de piel pálida e hinchada.

—Por favor, dime que has traído la jeringa —dijo Tara.

—¿De dónde diablos ha salido una abeja!? —Víctor exclamó.

—¿Has traído la jeringa!? —repitió ella.

—¿Cuándo fue la última vez que la necesitamos?

—¡Tenemos que llevarla a todas partes!

—Bueno, siempre la guardamos en la cesta vieja, pero ahora tenemos una nueva.

—¿Y por qué no la has cambiado de sitio?

—¡No he sido el único que ha preparado las cosas!

Víctor apoyó su peso en la otra pierna, mientras miraba alternativamente su herida del camino que conducía al coche.

—¿Cuánto tiempo se tarda...? — preguntó Víctor.

—¡No lo sé! —ella siseó— ¡Y ten cuidado con lo que dices, no vayas a empeorarlo! Cógelo, hay que correr.

—Hemos tardado una hora en llegar aquí. E incluso cuando lleguemos al coche, ¿Sabes lo lejos que está el hospital más cercano?

—¡Por qué no hemos traído la dichosa jeringa!

Ahora las lágrimas de Nate fluían a raudales, mientras forzaba ruidosamente la respiración entre a los dientes.

—Me duele —dijo.

—No pasa nada, cariño —le tranquilizó Tara—. Relájate. Todo está bien. Es sólo una picadura.

Tan pronto como Tara dijo «una picadura», Nate redobló su aullido.

—¡Tenemos que movernos! — exclamó Tara.

—Espera —dijo Víctor, con las yemas de los dedos en las sienes—. ¿Te acuerdas de aquella novia a la que le picó una abeja de camino a la iglesia?

—¿Qué novia?

—La de la historia que me contaste, la leíste en una revista no sé de dónde. A la novia le picó una abeja de camino a la iglesia; era alérgica y no llevaba la inyección encima, pero estaba tan nerviosa por la boda que su cuerpo ya se había cargado de adrenalina, así que sobrevivió.

—Víctor, tenemos que irnos.

—No, esto es lo único que podemos hacer.

—¿A qué te refieres?

Víctor se arrodilló junto a Nate y le pasó el brazo por la cintura.

—Pequeño —dijo Víctor—, voy a ser honesto contigo. Esto es serio. ¿Te acuerdas de que cuando eras pequeño siempre decíamos que, si alguna vez veías una abeja, te mantuvieras alejado de ella?

—¿Qué estás haciendo? —dijo Tara, mientras se apartaba el pelo de la cara pegajosa— Cógelo. Tenemos que darnos prisa.

—Eres alérgico a las picaduras —dijo Víctor—. Muy alérgico. Así que tenemos dos opciones. Podemos correr juntos hasta el coche e intentar encontrar el hospital más cercano, pero es muy probable que no lleguemos a tiempo, o...

—¡Dios mío, Víctor! ¡Cállate! Espera, que lo cojo —Tara se agachó para pasarle las manos debajo de las piernas, pero Víctor le cerró el paso con una mano extendida.

—No hay tiempo —dijo—. Nuestra otra opción, peque, es lidiar nosotros mismos con el veneno en la pierna antes de que penetre más en tu cuerpo. Si lo hacemos ahora, puede que estemos a tiempo.

—¡No puedes succionar el veneno de una abeja! —dijo Tara.

—No, no se puede succionar. Vamos a tener que hacer algo más drástico, y vas a tener que ser valiente, Nate, porque esto te va a doler.

Víctor ciñó su brazo derecho con más fuerza alrededor de la cintura de Nate para sujetarlo con firmeza, estiró la mano izquierda y cogió su Leatherman de la manta.

—¡Ni hablar! ¡Ni hablar! —Nate gritó, mientras empujaba la cara de Víctor con ambas manos.

—¡Suéltalo! ¡Qué diablos te pasa! —el grito de Tara resonó por todo el campo.

Agarró a Nate por debajo de los brazos y trató de estirar de él para alejarlo, pero Víctor lo tenía sujeto con firmeza.

—Es la única forma. ¡Tenemos que hacerlo ahora! —Víctor le guiñó un ojo, pero ella no lo vio, todavía estaba tratando de alejar a Nate de él—. Tienes que ayudarme, cariño. Vamos, acuérdate de la novia y la abeja. ¡No tenemos otra opción! —Víctor rodeó la

cintura de Nate con ambos brazos y empujó a Tara con el pie. Ella cayó de culo, mientras Nate arañaba la cara de Víctor, trazando surcos de dolor.

—¡Estoy tratando de salvarte la vida! —dijo Víctor.

—¡Víctor, por el amor de Dios! —Tara gritó mientras se levantaba.

Nate luchó hasta que consiguió ponerse en pie, pero Víctor lo tiró al suelo nuevamente. Los tupidos tallos de hierba le pinchaban el costado, que había quedado al descubierto bajo el polo enrollado hasta las axilas. La cara le palpitaba; sobre todo el párpado izquierdo, que no podía abrir bien.

Nate gritó en el oído de Víctor. Tara le dio una patada en la espalda, y cuando lo vio clavar la uña del pulgar en la ranura de la navaja y desplegar la hoja brillante, lo agarró por la garganta y apretó.

—¡Suéltalo! —exclamó ella— ¿Qué te pasa?

—Por el amor de Dios, mujer —balbuceó—. ¡Sígueme el rollo!

Víctor se apoyó en el estómago de Nate y le sujetó los tobillos con un pie. Puso la hoja contra la piel del niño, justo debajo de la rodilla. Nate golpeó la nuca de Víctor y le arañó el cuello, mientras berreaba sin parar.

—Quédate quieto... —dijo Víctor.

Algo afilado se clavó en el ojo derecho de Víctor y se le llenó de lágrimas.

—¡No veo nada! —gritó— ¡Me has dejado ciego, joder! —Víctor dejó caer el cuchillo y se llevó las manos al ojo.

Nate golpeó a Víctor con las rodillas, los codos y los nudillos, luchando por liberarse del peso de su padre. Tara agarró las muñecas de Nate, le ayudó a ponerse en pie y huyeron juntos a través de la hierba alta.

—¡Estoy fingiendo, pedazo de idiota! ¡Estoy fingiendo!

Víctor rodó sobre su espalda, jadeante y casi sin poder respirar. El círculo de árboles que rodeaban el claro era un caos borroso para sus ojos arañados. Le salieron ronchas por toda la cara y el cuello. Sentía los labios dormidos al tacto de la lengua.

—Estaba fingiendo... —dijo de nuevo.

Los pasos de Tara y Nate, en plena huida, hacían crujir las ramitas al final del claro. Se movían rápido. Víctor hizo una mueca de dolor, sin saber si había hecho demasiado, si había hecho lo suficiente.

### **En el metro (Diez historias sobre fumar, Stuart Evers)**

Durante varios años, había hilado una historia sólida y convincente sobre un trastorno hereditario del sueño que, según él, le había sido transmitido por parte de madre y le hacía despertarse a menudo gritando y luego ser incapaz de volver a dormir. No era nada de lo que preocuparse, aseguraba con los brazos prendidos en sus costillas; formaba parte de él, como su altura o su talla de calzado.

—Los médicos los llaman terrores nocturnos —dijo con una sonrisa irónica.

—Los haces parecer como si fueran una antigua familia aristocrática, ¿verdad? —ella se rio un poco y luego le besó. Durmió bien esa primera noche, y también muchas noches después.

Algunas semanas más tarde, cuando comenzaron los ataques, Jean se sentía preparada para afrontarlos. Se despertó instintivamente; e inmediatamente trató de calmarlo. Le abrazó con fuerza y sintió los latidos erráticos de su corazón; le acarició el pelo y le dijo que estaba a salvo, que estaba con él. Peter descansaba inmóvil entre sus brazos. Cuando intentó cogerle la mano, no cedió fácilmente y, cuando lo hizo, fue a regañadientes. Habló en voz baja, de manera tranquilizadora, diciendo las primeras cosas que le venían a la mente. Le habló de sus sueños y de la casa que comprarían; los coches que conducirían, los lugares que visitarían. Y lo abrazó hasta que finalmente se quedó dormido. Esta escena se repitió durante meses. Sin embargo, para cuando se

mudaron a una casa de tres habitaciones, ella se había acostumbrado a sus gritos y estremecimientos, y ahora ninguno de los dos la despertaban por la noche.

Su padre y su madre habían sido un par de insomnes de ocasión. Durante su adolescencia se había acostumbrado a levantarse por la noche y encontrar a uno u otro sentado en el sofá, tal vez leyendo una revista o tomando una bebida caliente. A veces, se quedaba despierta con ellos; otras veces solo cogía un vaso de agua y se lo llevaba a la cama. Ella siempre pensó que esto era lo normal, por lo que se sorprendió al descubrir que su primer esposo podía dormir sin problemas. Siempre le pareció que era algo tétrico. «Tengo tanto sueño que voy a caer muerto en la cama», decía él y ella pensaba que era una frase totalmente horrible: tan fría y desagradable. Su facilidad para dormir no fue la única razón por la que el matrimonio duró menos de una década, pero ella no podía evitar creer que delataba un defecto fatal en algún lugar profundo de su carácter.

Los defectos de Peter eran más obvios, evidentes desde el momento en que lo conoció. Era la fiesta de verano de la empresa y su jefe lo había obligado a asistir. Jean nunca lo había visto antes (era uno de los consultores) y le pareció que se sentía incómodo. Tenía gotitas de sudor en el labio superior y llevaba un traje muy descuidado, con persistentes copos de caspa en los hombros. Estaban en el jardín, bajo un ataque de una plaga de pulgas. Había también una desafortunada mujer de amarillo completamente cubierta de ellas, con la tela de vestido repleto de puntos diminutos. Jean estaba de pie junto a él cuando vieron a la mujer, Kathy (de validación de ventas) perder la paciencia e intentar sacudirse todos los insectos de la falda.

—Apuesto a que te alegras de no haberte puesto de amarillo —le dijo Jean.

—Un poco —dijo él—. Desentonaríame terriblemente con estos zapatos —él sonrió rápidamente y ella quedó desmontada por completo.

Jean se presentó y hablaron sobre el trabajo. Ella hizo comentarios maliciosos sobre sus compañeros, señalando sus indiscreciones y hábitos desagradables. Él se reía, tomaba sorbos de su vino, y hacía comentarios cuando le parecía oportuno. Cuando no quedó nadie a quien diseccionar, Jean sugirió que abandonaran la fiesta, discretamente y por

separado, y se reunieran en el aparcamiento. Ella se marchó primero, mientras Peter se terminaba el vino, y se preguntaba si todavía estaría allí dentro de cinco minutos.

El aparcamiento estaba desierto y ella estaba de pie hablando por teléfono junto a una valla de madera. El vestido veraniego dejaba al descubierto sus piernas, las alpargatas de cuña la hacían parecer más alta, una lenta ráfaga de viento le acariciaba el pelo. Mientras caminaba hacia ella, Peter se abrochó y desabrochó la chaqueta. Cuando ella le vio, terminó la llamada y le dijo que conocía un restaurante cercano: no se tardaba mucho caminando. Entrelazó su brazo con el de él y comentaron lo extraño que era que no se hubieran conocido antes.

Comieron en la terraza de un restaurante español, y probaron tapas de marisco y carne. Jean llevó el peso de la conversación, mientras él escuchaba atentamente, con la cabeza apoyada en el puño, y la corbata aflojada y abierta. Anocheció, y las parejas llegaban y se iban. Bebieron mucho vino y se contaron anécdotas sobre sus vidas. Él hablaba arrastrando un poco las palabras con un ligero acento que podía ser irlandés o escocés. Le gustaba fuera del país que fuera. Cuando llegó la cuenta, la dividieron y él no sugirió que tomaran una última copa, ni ella le invitó a su apartamento a tomar un café. En lugar de eso, se besaron a la vez que comenzaba a llover, mientras esperaban a los dos taxis que llegaron con pocos minutos de diferencia. Antes de separarse, se intercambiaron los números. Tenían el presentimiento de que algo había cambiado imperceptiblemente.

\*\*\*\*\*

A lo largo de las semanas, compró champú anticaspa para Peter y lo llevó de compras. Él le seguía la corriente sin rechistar, disfrutando de la atención. Le llevó a su peluquería favorita, donde su estilista le hizo un corte de pelo que al principio no le convencía, pero que más tarde acabó gustándole. No fue una transformación, más bien una remodelación. Todos los días le daba las gracias, aunque a veces ella no estaba segura de qué había hecho para merecerlas.

Jean buscó información sobre los terrores nocturnos, pero no lo comentó con Peter. Había notado que cada vez que se mencionaba el tema, él se ponía rígido, así que lo dejaba pasar. En el apartamento de Peter, un lugar con techos altos en Edgbaston, Jean escogía discos al azar de su colección y los escuchaba mientras él cocinaba. No había oído hablar de casi ninguno de los artistas y le sorprendió lo frágiles y quebradizos que sonaban los cantantes y las canciones, como si se tratasen de personas atrapadas en otro planeta. Le gustaba que él tuviera pasiones e intereses que ella no compartía, el ambiente descolorido y ligeramente bohemio del lugar, las ilustraciones enmarcadas que colgaban en todas las paredes.

No importaba si se quedaban en su casa o en la de él, los terrores nocturnos lo mantenían despierto la mayoría de las noches, a pesar de los iniciales intentos de cansarlo con vigorosos encuentros amorosos. Después de un ataque, se levantaba de la cama e iba al baño. Allí se lavaba la cara, se cepillaba los dientes, se afeitaba, y luego se dirigía al salón y veía la televisión. Se servía un trago o dos y volvía más tarde a la cama fresca, con el cuerpo renovado por el olor de los cosméticos y el alcohol.

Se fueron juntos de vacaciones en varias ocasiones y conocieron a sus respectivos padres. Fueron encuentros tensos y formales, aunque el padre de Jean y Peter estrecharon lazos por común amor por la costa de Suffolk. Los dos se sentaban en altas butacas y charlaban animadamente sobre pueblos como Aldeburgh y Southwold; hablaban de vacaciones familiares en casas de campo y caravanas, del sabor amargo de la cerveza Adnams. Fue en una de esas ocasiones, después de un simple almuerzo y antes de un paseo planeado con antelación, cuando Jean se dio cuenta de que iba a casarse con él. Le había dado mil vueltas a la idea de su primer matrimonio, había analizado todos los pros y los contras hasta que estuvo segura de que estaba haciendo lo correcto; pero el segundo lo decidió sin dudarlo, mientras bebía un vaso de vino tinto junto a la chimenea, que le sonrojaba las mejillas con su resplandor cobrizo.

Dos semanas más tarde, Peter llegó a casa y se encontró una maleta preparada en el pasillo. Jean estaba sentada en el último escalón de las escaleras con el abrigo puesto.

—Nos vamos —dijo ella—. Vamos a hacer un viaje mágico y misterioso. Vamos, dúchate y cámbiate. Date prisa, ¿vale?

Ella le llevó a una casita destartada en Aldeburgh en primera línea de playa. A Peter le encantó su extraña estructura, y su desgastado mobiliario. Llegaron tarde y él se las arregló para dormir del tirón hasta las cinco más o menos. Ella se despertó y le sugirió un paseo por la orilla.

—Es la manera perfecta de empezar el día —dijo—. Si pudiera, viviría junto al mar. Daría un paseo por la orilla todos los días.

—Lo haremos —dijo ella—. Algún día lo haremos.

\*\*\*\*

Esa noche, ella cocinó su comida favorita, gambas a la cazuela, y de segundo, bistec acompañado de puré de patatas. Oían las olas mientras comían, y el mar les había abierto el apetito a ambos. Jean le propuso matrimonio antes de pasar al café, tal y como había planeado. En su mano derecha, sostuvo una cajita de terciopelo que contenía un sencillo anillo de compromiso que había comprado en un mercadillo. Le pidió que se casara con ella, y él se quedó callado y se limpió la boca con una servilleta de lino. Tomó un sorbo de vino y se quedó mirando los restos de la comida que tenía delante. Tenía la cara blanca como el papel, contraída con una pizca de salsa la comisura de sus labios. Golpeó la mesa con los nudillos. Ella sintió que se le encogía el estómago, como si hubiera saltado desde un trampolín a una piscina recién drenada.

—Di algo —dijo ella—. Por favor, cariño, di algo al menos.

Se limpió de nuevo la boca y puso la cabeza entre las manos mientras negaba con la cabeza.

—No —contestó—. No puedo. No puedo hacerte eso.

—¿Hacer el qué? —preguntó ella.

—No puedo —dijo—. Me prometí a mí mismo que no lo haría.

Esquivó su mirada mientras le hablaba. Dijo que la quería mucho, que lo había hecho más feliz de lo que jamás podría haber imaginado. Le dijo que no era su intención dejar

que las cosas llegaran tan lejos, que ella le había dado esperanza y que nada en este mundo le gustaría más que casarse con ella.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Qué? —dijo ella.

Él levantó los ojos para mirarla.

—Creo que he matado a algunas personas.

\*\*\*\*

Era el jueves anterior a la boda, poco después de las tres de la mañana. Junto a Jean, Peter dormía plácidamente. Desde su compromiso, que se había decidido tras aquella larga noche en Aldeburgh, había dormido todas las noches. Los terrores nocturnos, producto, no de la genética, sino del más puro terror, habían desaparecido, reemplazados por largos períodos de descanso sin sueños. Él no recordaba haberse sentido nunca tan descansado; ella no podía pensar en nada más que en los sueños que ahora la atormentaban.

En la pesadilla recurrente, veía cuerpos cubiertos de ampollas, sentía el aire espeso con el mal olor que desprendían la carne y los pelos en llamas. Los gritos, las súplicas y los brazos estirados, el metal derritiéndose en las hebillas de los cinturones, los zapatos disolviéndose en el suelo. Y él, su amante, observando, por algún motivo, ignífugo, con traje, fumándose un cigarrillo encendido por el infierno que le rodeaba.

Ese jueves, la pesadilla la había vuelto a despertar. Por quinta vez en las últimas tres semanas, y no había podido despertar a Peter ni había podido volver a dormirse. Jean miró a su prometido, observó su respiración tranquila y su cuerpo en posición fetal. Dejó el libro que había estado más mirando que leyendo y se levantó de la cama. Se puso una camiseta con la frase «Sin problema» escrita en la parte delantera, un regalo de Jamaica, se dirigió al pasillo y luego bajó las escaleras. Crujían al bajar, pero ya no le importaba despertarlo. «Que se despierte», pensó, «que él también sufra».

Era finales de verano y el aire era denso y sofocante. Fue a la cocina, puso agua a hervir y abrió la nevera. Sacó un pedazo de queso de un recipiente de plástico y cortó un trozo en diagonal. Se preparó un té, que llevó a la sala de estar. La mayoría de las noches

acababa allí; sentada en el sofá, iluminada por la luz de la televisión. Veía tertulias, documentales y programas adaptados para sordos, cualquier cosa que pudiera encontrar en horario nocturno. Últimamente, sabía mucho sobre un sinfín de cosas triviales.

Jean encendió la televisión y bajó el volumen. Estaban dando un documental de naturaleza sobre la fauna de Siberia. Sopló su té y miró el programa hasta que pusieron anuncios. Dejó la taza vacía sobre la mesa del salón, se levantó del sofá de color rojo intenso y empezó a revolver los cojines del sillón. En algún sitio, en un hueco que había creado dentro del relleno, había un paquete de cigarrillos.

Había empezado a esconder sus cigarrillos en lugares cada vez más elaborados y engañosos, a pesar de que Peter ni siquiera sabía que había vuelto a fumar. «No tenemos secretos», le gustaba decir a Peter, lo que a ella le parecía una absoluta estupidez: lo que en realidad quería decir era que el gran secreto había sido aireado y los pequeños no contaban. Pero para Jean, los pequeños secretos eran los que valía la pena guardar. Por eso, escondía los cigarrillos con tanto ingenio.

Mientras rebuscaba en el interior del sillón, comenzó a desear que el paquete no estuviera allí después de todo: que Peter los hubiera descubierto, los hubiera roto y los hubiera tirado. Cuando encontró los cigarrillos, los contó, aunque ya sabía exactamente cuántos quedaban.

Jean cruzó el salón, abrió las puertas del patio y se sentó en la silla de lona plegable. Encendió un cigarrillo e inhaló todo el humo que le permitieron sus pulmones. Lo hacía todas las noches y a menudo, se preguntaba si podía morir de esta manera: asfixiada por un exceso de humo introducido demasiado rápido en sus pulmones.

La noche era tranquila y silenciosa. Tiró la ceniza de su cigarro en una pequeña barbacoa. Peter la había comprado meses antes como un reto para sí mismo; pero sólo la habían usado una vez. No se había limpiado desde entonces y los trozos de carne carbonizada seguían obstinadamente pegados a la parrilla. Cada vez que veía la barbacoa, pensaba que podría limpiarla, pero nunca lo hacía. Algunas noches incluso se sentía tentada a arrancar parte de la carne de la rejilla y comérsela. Pero tampoco lo hacía.

Mientras fumaba, trató de no pensar en el incendio ni en Peter. Había pasado la mayoría de noches pensando en ello de una forma u otra desde que él se lo contó. A veces, simplemente recordando exactamente lo que dijo. No la parte principal, ni lo que él creía haber hecho, sino esa primera frase que resquebrajó y astilló su vida: «Creo que he matado a algunas personas».

Podía oír las palabras con claridad en su mente, recordar la humedad de las habitaciones de la casita que habían alquilado, verle sentado en la mesa, con el pelo bien peinado y el jersey bien planchado y esa pizca de salsa aún en la comisura de los labios. La suavidad de su voz, su timbre tranquilizador diciendo algo tan brutal, tan crudo: «Creo que he matado a algunas personas».

Cuanto más lo pensaba, más le enfadaban esas siete palabras. La falta de concreción de «algunas personas», la introducción de una descripción tan horrible y violenta de una crueldad tan indecible con un «creo que». Le dieron ganas de gritar, de chillar, de golpearle el pecho con los puños. ¿Crees que mataste a algunas personas? ¿Nada más lo crees?

Inevitablemente, se había imaginado los cadáveres, las cenizas de aquellos antes vivos, la bola de fuego propagándose a toda velocidad tras la explosión. En esos primeros meses, investigó mucho sobre el incendio, investigación que, como el fumar, era otro secreto muy bien guardado. Leyó las transcripciones de los testimonios de los bomberos, los informes de los periódicos, la investigación oficial del gobierno. En ninguna parte se culpó a nadie; en ningún momento se dijo que había alguien culpable de la muerte de treinta y una personas en un incendio en la estación de metro de King's Cross. Pero los dedos de alguien habían dejado caer la cerilla que había encendido el material bajo los escalones de la escalera mecánica. Alguien era responsable.

Jean se puso de pie y miró por encima de la valla hacia el jardín de la puerta de al lado. Estaba arreglado y era bonito, con macizos de flores alineados y una rocalla bien cuidada. Se preguntaba si se darían cuenta si se colaba en su césped, se tumbaba en la frondosa hierba y se quedaba dormida. Era una idea extraña y que le pesaba mucho. Quería dormir; quería todo el sueño que él le estaba negando, pero en lugar de eso, inhaló otra enorme bocanada de humo.

Aquella noche, Peter había estado bebiendo en un pub en Soho con su novia de entonces, Simone. Estaban borrachos y habían discutido por algo y por nada. En la estación de metro, sus desacuerdos se habían vuelto más personales. Frente a un alarmado vagón, discutieron en el francés nativo de ella y más tarde en inglés, el acento de Galway cada vez más alto. En Euston, ella puso fin a la relación y en King's Cross se escabulló entre la multitud mientras Peter la perseguía. La perdió en los túneles en algún lugar cerca de la línea Piccaddilly. Tomó la escalera mecánica y de camino a la taquilla encendió un cigarro con una cerilla y luego la dejó caer. «Creo que he matado a algunas personas». Treinta y una personas para ser precisos. Jean incluso sabía algunos de sus nombres.

Cuando terminó su confesión, ella, por supuesto, le dijo que no fuera tonto. En aquella casita alquilada, lo abrazó, con la caja del anillo aún apretada en la mano.

«Shh», le había dicho. «Está bien. Estoy contigo. Estoy contigo, Pete». Y había argumentado que el responsable podía ser cualquier persona y que era sólo cuestión de tiempo que un accidente así sucediera y que era imposible que pudiera saber que era él quien había causado tal catástrofe. Se sintió responsable y maternal. Le acarició el pelo y casi pudo sentir el alivio que emanaba de él. Estuvieron así mucho tiempo, Jean diciéndole que no era su culpa, que él no tenía la culpa, que él no era el responsable.

\*\*\*\*

Observó cómo el gato de la casa de al lado caminaba sigilosamente por encima de la valla. Por un momento estuvo tentada de tirarle el cigarrillo. Pensó que sería muy fácil acertar su flanco negro y gris. Cuando el gato bajó de un salto, ella todavía tenía el cigarrillo listo, pero ahora el tiro estaba comprometido. Si fallaba ahora, el cigarrillo se perdería en la maraña de hierbas y ortigas cerca de la valla. Podría provocar un incendio. Uno de verdad, no el que tan sólo quemaba sus noches. Tenía muchas cerillas, podía prender fuego a todo y ver cómo ardía, ver cómo se propagaba a otras casas desde el dormitorio de arriba, y arrasaba con todos los jardines.

Deseaba que nunca le hubiese contado nada. Que el hombre del que estaba enamorada volviera: la persona tímida y solitaria con una constante mirada de felicidad sorprendida en el rostro. El asesino de algunas personas. De treinta y una personas. Absuelto de esa culpa, se había alejado de sí mismo, y de ella. A pesar de todo, ella prefería el remordimiento.

Apagó el cigarrillo y volvió a mirar dentro de la casa silenciosa y oscura. Cada noche, esperaba ver sus tobillos desnudos en las escaleras, la mirada de horror en su rostro, su camiseta y pantalones cortos empapados de sudor. «He tenido el sueño otra vez», le escucharía decir, y lo abrazaría y le diría que no se preocupara, que estaba a salvo. Quería que volviera a tener los sueños; quería que se los robara. Pero él nunca bajaba las escaleras y nunca la veía fumando cigarrillos sentada en la silla de lona.

El gato se estiró, elegante en la noche, y luego se aseó durante un tiempo. Cuando terminó, empujó con el morro un trozo de madera suelto. Jean volvió a mirar las cerillas y después la casa. Cuando volvió a darse la vuelta, el gato la estaba mirando, sosteniéndole la mirada con ojos vidriosos y reflexivos. Se quedó quieto durante un segundo y enseguida se escabulló por el jardín para ponerse a salvo.

### **Matrioska (El corazón de alquiler y otras historias, Kirsty Logan)**

Elimae era una maga de santo y seña, era un idioma extranjero; era una muñeca matrioska: poco complicada a primera vista, pero con una docena de personalidades secretas escondidas en su interior.

Ella pensaba que no me había fijado en ella, sin embargo, era en lo único en lo que me fijaba. Me pasaba el día entero haciendo sonar la campanilla para pedir agua helada, pasteles azucarados, tazas de té de flores. Después, la llamaba en mitad de la noche para verla tropezar a los pies de mi cama, con los mechones de pelo retorcidos, sujetos con jirones, y el camisón arrugado de dormir. Le susurraba lo que quería para que tuviera que inclinarse más cerca; y así casi sentir el calor de su piel. Me traía una manta extra o un vaso de leche caliente, y después desaparecía de regreso a su habitación, tan cansada

que se olvidaba incluso de hacer una reverencia. Me gustaba pensar que mi cara, al ser lo último que veía, se colaba en sus sueños.

No sabía lo que era para ella: ¿una tirana, una cría caprichosa? Pero sí sabía lo que me gustaría ser. Elimae era una muñeca matrioska, y yo no quería solo su cubierta exterior: ese diseño pintado que todo el mundo podía ver. Quería desarmar cada una de las muñecas hasta llegar a la del centro: la muñeca más pequeña, la única que no se podía dividir por la mitad.

Cuando mi hermano Laurent cumplió veintiún años; nuestros padres decidieron que ya era hora de que encontrara una princesa; o mejor dicho, de que le encontraran una. A los diecisiete, aún me quedaban algunos años de gracia antes de tener que casarme. Para encontrar a la princesa de Laurent, nuestros padres invitaron a todas las damas del país a un baile de máscaras. Las invitaciones fueron enviadas, cada carta grabada a mano con pan de oro y entregadas por un sirviente montado en un caballo blanco. No era necesario responder; ninguna dama se hubiera perdido la oportunidad de convertirse en la próxima reina.

Reuní a mis doncellas un mes antes del baile para planear mi vestido, mi cabello, y mis zapatos. Les pregunté a todas lo que pensaban, pero la única opinión que me importaba era la de Elimae. Lo que a ella le pareciera bonito era lo que yo quería. Fue eximida de sus tareas habituales para bordar perlas en la suave tela exterior de mis zapatos hasta que se hacía demasiado oscuro para poder enhebrar la aguja.

Mientras todo el castillo dormía, yo me escabullía de la cama, sacaba los zapatos, y los apoyaba en mis rodillas. Besaba cada una de las suaves y cálidas perlas, e imaginaba que besaba las yemas de sus dedos. Sólo podía pensar en la noche del baile: Elimae vistiéndome, arreglando cada lazo y tirabuzón, y luego apartándose y viendo lo preciosa que estaba, con mis delicados pies en los zapatos que me había confeccionado. Planeaba enviarla a la cama después de eso, para que se llevara mi imagen directamente a la almohada. Haría que una de las otras chicas me desvistiera después del baile, para que Elimae no viera cómo se me había corrido el maquillaje ni oliera el vino rancio en mi aliento. Sólo por esa noche, quería estar preciosa para ella.

Tres días antes del baile, ya casi estaba lista para deslumbrar. El peluquero había creado un artilugio para mi cabeza: una especie de jaula de azúcar giratoria en torno a la cual se enroscaría y prendería mi pelo, y que se desintegraría a lo largo de la noche, sembrando mis hombros descubiertos de tirabuzones y brillantes copos de azúcar. La modista había cosido tres docenas de joyas en el corpiño de mi vestido siguiendo el elegante dibujo curvilíneo de una cola de pavo real. Pero los zapatos quedaron a medio coser.

Con cada vuelta de las manecillas de reloj, hacía sonar la campanilla de Elimae y preguntaba por los zapatos. Las sombras bajo sus ojos me fascinaban, un gris ceniza que se oscurecía hasta convertirse en un morado de dedalera, la noche anterior al baile las sombras eran del color de la madera carbonizada, pero mis zapatos estaban prácticamente listos. Me detuve antes de permitirle que se retirara y observé cómo se balanceaba por el cansancio, con el deseo más profundo de que se desmayase. Así podría ocuparme de ella: arroparla en el lado vacío de la cama, poner mi mano sobre su frente sudorosa, apretar mis labios contra las yemas de sus dedos hinchados por las agujas. Pero no podía tocar a Elimae, así que tuve que conformarme con lo último que había tocado. Dormí con los zapatos apretados contra mi pecho, soñando con sus dedos en las perlas.

Al día siguiente no podía quedarme quieta, ni siquiera por un momento. Deambulé por las alas y los pasillos, en busca de Elimae. Cuando la vi, despeinada y con los ojos cansados como si fuera una mendiga, miré rápidamente hacia otro lado. Pasó por mi lado apresuradamente y me giré para observarla, desesperada por ver la pálida piel de su garganta.

Tres horas antes del baile, empezó el alborozo para acicalarme. Mis doncellas me convirtieron en un maniquí, en una figura inválida, en una obra de arte. Se afanaban sobre mí, empolvándome, ciñendo los lazos de mi corpiño: pero Elimae no aparecía por ningún lugar.

Finalmente, estuve casi lista del todo, perfecta de tobillos a cabeza. Me puse en pie sobre un taburete de madera para permitir que las modistas volvieran a coser el dobladillo de mi vestido, así que tenía una buena perspectiva de cada cabeza cansada e inclinada sobre su labor. Estaba segura de que Elimae no estaba en la habitación, y no

podía soportar la idea de que se perdiera mi momento de esplendor. Por mucho que quisiera quedarme allí toda la noche, para que Elimae pudiera verme, sabía que no podía. Mi madre, mi padre, Laurent; nadie entendería que Elimae era lo único que me importaba. Cerré los ojos para contener las lágrimas y bajé del taburete de madera, para ponerme directamente mis zapatos bordados con perlas.

Aún con los ojos cerrados, supe que eran las manos de Elimae las que presionaban mi talón, eran los dedos de Elimae los que acomodaban suavemente los míos dentro de los zapatos. Y, con la misma seguridad, supe que esos zapatos no eran los que Elimae había estado confeccionando durante el último mes.

«Lo siento», dijo ella, «Mi señora, no he podido terminar. Lo siento. He hecho lo que he podido». Sentí sus manos calientes y secas al tacto de mis tobillos mientras deslizaba mis pies dentro de los suaves zapatos azules que usaba todos los días para caminar por los pulidos suelos del palacio.

«El vestido es largo», pensé; «Ocultaré los zapatos». «Puedo poner una excusa», pensé; «le diré a mi madre que no me gustaba el brillo de las perlas». No le dije nada de eso.

«Elimae», dije mientras permanecía allí con mis zapatos azules usados. Y ella no me miró.

Esperé, sola en mi habitación, hasta que las vibraciones del salón de baile empezaron a sacudir mi jaula de azúcar giratoria. El sonido de la orquesta y de los mil pies que bailaban se hacía cada vez más fuerte conforme avanzaba por los pasillos.

En lugar de desfilas por el amplio arco de la escalera principal como las demás damas; me colé por una puerta lateral, sumándome al giro de las faldas como si siempre hubiera estado allí. Me aseguré de dar pequeños pasos para ocultar los tacones desgastados de mis zapatos. Enseguida encontré una mano de hombre que agarrar; mientras siguiese con una bonita sonrisa en la cara, no notaría que estaba distraída. Ni siquiera sabía si lo conocía; como se trataba de un baile de máscaras, su rostro estaba cubierto por una careta de lobo. Apoyé mi cabeza en su hombro y respiré su olor a aceite para cabello, tela almidonada y polen de flores. Lo sentí empalagoso en lo más profundo de mi

garganta, pero mientras me concentrara en él, en su pelo repeinado, en sus pronunciadas ondas, y en la palma de su mano sudada en mi cintura; no pensaría en Elimae.

Como tenía por costumbre, seguía inspeccionando cada rostro para encontrar el suyo. Una tontería, lo sé: ella estaría llorando hasta quedarse dormida, o todavía intentando desesperadamente terminar el bordado de mis zapatos. No quería que llorara por mi culpa, pero así, al menos pensaría en mí. Tal vez, la visitaría más tarde. Después de que los músicos hubiesen quebrado las cuerdas de todos sus instrumentos, después de que los bailarines hubiesen vuelto a casa cojeando con los pies destrozados; después de que todo el palacio estuviese tan silencioso como un amante secreto, iría de puntillas por los pasillos hasta la puerta de Elimae. No llamaría con los nudillos, por supuesto. La puerta se abriría con un chirrido para revelar la escena de una chica miserable: una almohada empapada de lágrimas, faldas remendadas extendidas por la cama, sus diminutos pies asomando por debajo. Pensar en Elimae, lista para ser salvada por mí, me hizo sonreír y acercarme más a mi pareja de baile. Su mano sudorosa agarró la mía con más fuerza, sus dedos apretaron la parte más fina de mi muñeca, lo que hizo que crujieran los huesos. Me alejé, y aparté mi mirada cuidadosamente de la suya.

En el salón de baile todas las faldas se abombaban al girar, todos los bustos se henchían, pero nada de esto llamaba mi atención. Los rostros de las damas se camuflaban bajo antifaces de cisnes, ciervos, o gatos domésticos mimados. Los hombres habían elegido máscaras de lobos o perros. Mantuve la mirada en el suelo, en el brillo apagado de zapatos que giraban alrededor.

Un destello de una perla brillante.

Me sobresalté, me alejé de mi lobo bailarín, pero fui arrastrada por la fuerza de los cuerpos que se movían en sincronía. ¿Acaso me había imaginado esos zapatos, esas perlas que había besado cada noche? Miré con desesperación alrededor de la sala, en busca de los zapatos que tan bien conocía. Tenía que saber quién había robado mis preciosos zapatos, pero todo lo que podía ver eran máscaras, inexpresivas y lascivas.

Solté al lobo y me abrí paso a través del movedizo mar de gente, todo eran pies y codos. Con la espalda apoyada contra la pared, miré alrededor del salón de baile. Sólo veía faldas que giraban y espaldas rígidas; pero entonces... ¡Ahí! El brillo de una perla.

Mantuve los ojos en el rápido movimiento de los zapatos, y luego los subí hacia arriba, hacia una nube de faldas blancas, un corpiño ajustado con lazos, una sola perla anidada en el escote, y una máscara de tenues plumas de paloma. Mientras la bailarina daba vueltas, examiné el perfil de su mandíbula y el ángulo de su muñeca, procurando relacionarlos con la silueta de alguien que conocía. Alguien que se atrevería a robar mi posesión más preciada. No, me corregí, mi segunda posesión más preciada: Elimae era, sin duda, lo máspreciado que tenía.

Me quedé mirando a la paloma enmascarada, que giraba alegremente con mis zapatos robados. Tardé en darme cuenta de la identidad de su pareja de baile: mi hermano, Laurent. Seguramente, la sala al completo la envidiaba porque estaba bailando con el príncipe que buscaba su princesa. Laurent estiró el brazo para hacer girar a su misteriosa pareja, su sonrisa era evidente incluso bajo la máscara de león. La paloma dio una vuelta bajo su brazo y mientras volvía a apretar su cuerpo contra el de él, fijó sus ojos en mí como si hubiera sido consciente todo el tiempo de que la estaba mirando.

Conocía esos ojos. Elimae, mi matrioska.

Todo lo que se podía mover en mí se precipitó a mi garganta, y sentí como si una tormenta estuviera retumbando dentro de mi cabeza. Presioné las manos contra la pared para no caerme. En el suelo pulido del salón de baile, los zapatos de perlas se reflejaban infinitamente. ¿Acaso Elimae los había terminado y no había podido encontrarme, y por eso se los había puesto ella, sólo para mostrarme lo mucho que había trabajado? ¿Había confeccionado dos pares, trabajado el doble de horas en secreto, para que pudiéramos ir conjuntadas? ¿Estaba bailando con mi hermano porque era una persona cercana a mí, de mi misma sangre? No podía pensar con claridad. Mantuve la espalda pegada a la pared, mientras las figuras que bailaban se desvanecían frente a mí. La única figura que reconocía era la de Elimae, que brillaba nítidamente como la Estrella Polar en los brazos de mi hermano.

Me quedé de pie en el pasillo fuera del salón de baile durante mucho tiempo, mirando el suelo pulido, donde podía contemplar mi propio reflejo lleno de lágrimas e intentando dar sentido a lo que había visto.

No era posible que Elimae no me amara como yo la amaba. ¿Por qué sino acudía cuando yo hacía sonar la campanilla, me arropaba en la cama, y me arreglaba cada mechón de pelo? ¿Qué otra cosa podría retenerla en este castillo? ¿Qué otra cosa, sino amor?

Al día siguiente, Laurent anunció que había encontrado a su princesa. Elimae fue exhibida ante todo el reino, desfiló ante duques y cortesanos, los lacayos y porqueros. Desde mi ventana, la vi pasar a trote por el patio. Su vestido era tan largo que le cubría los pies, y una diadema con joyas le alisaba los rizos en la frente.

Me quedé en la cama todo ese día y todo el siguiente. Las sirvientas me trajeron bandejas de plata con huevos cocidos y pequeños cortes de carne de pájaros cantores. Las texturas me dieron asco; así que empujé los platos al suelo. Las sirvientas se afanaban alrededor de mi cama, y me observaban cuando creían que no me daba cuenta. Aparté la mirada de sus rostros: todos me parecían iguales, todos vacíos, todos desacertados. En el interior de mis párpados, los zapatos de perlas de Elimae brillaban una y otra vez.

A través de la puerta, me llegaron los susurros de los sirvientes narrando la historia: una cita a medianoche, un zapato perdido, una persecución por todo el país en busca de la mano de Elimae. Caballos cansados, con el morro moteado de espuma, y su talón deslizándose perfectamente en el zapato. Hice sonar mi campanita de porcelana durante toda la noche, y cerraba los ojos cuando oía abrirse la puerta para poder imaginar sus ojos cansados y, su camisón revuelto de dormir. Pero el olor de sus muñecas no era el mismo; la voz, el sonido de sus pasos sobre el suelo: todo falso. Me tapé la cabeza con las sábanas.

Dos meses después, ya estaban casados. Como hermana de Laurent, llevé un ramo de flores y me sequé ligeramente los ojos en los momentos oportunos. Elimae llevaba un vestido de color marfil y adornos en el pelo. Ella brillaba.

Después de la ceremonia, me escabullí al pasillo, que tenía el suelo tan brillante como en la noche del baile. Estoy convencida de que mis lágrimas cayeron exactamente en el mismo lugar que aquella noche.

Elimae era una muñeca matrioska, y yo no quería sólo su cubierta exterior. Quería la muñeca más pequeña, la del centro, la que no se podía dividir por la mitad. Y allí estaba ella con su vestido blanco como la nieve: irrompible.

### **El huevo y la gallina (Esto no es lo que le pasa a alguien como tú, Jon McGregor)**

No es algo de lo que le guste hablar, para ser sinceros. De hecho, es algo bastante difícil de explicar. Pero se está convirtiendo en un problema. Está teniendo repercusiones en su vida. Lo que pasa es que tiene miedo a cascar huevos. Es un tipo de fobia que, al parecer, no cuenta con ningún nombre científico en latín. Lo ha comprobado. Pero esencialmente, tener miedo de cascar un huevo un buen día y encontrar un pequeño feto de pollo acurrucado dentro. Muerto. De vez en cuando; también se imagina que está aún vivo, retorciéndose débilmente, es la expresión que se le viene a la mente, pero está bastante seguro de que es sólo cosa suya, de que está siendo irracional.

En realidad, está convencido de que todo esto es irracional, pero no puede quitarse la idea de la cabeza. Sabe algo sobre métodos para la cría de aves de corral; ha estado investigando y sabe que las posibilidades de que un huevo fecundado y completamente desarrollado llegue a la cadena de distribución son casi nulas. Para empezar, si se trata de un huevo de una macrogranja es imposible que esté fecundado debido a las jaulas. Y, las granjas orgánicas o de gallinas criadas en libertad tienen regímenes de inspección increíblemente estrictos. Tendría que haber un error en lo que, según le han informado, son sistemas muy eficaces. Millones y millones de huevos se producen cada día.

Pero sólo hace falta uno.

Todo comenzó cuando escuchó a un hombre en una cafetería contar que a él le había sucedido. El hombre era el dueño y estaba hablando con una mujer que pedía el desayuno en la barra. Le contó que algunos años atrás, cuando trabajaba en la cocina, rompió un huevo y encontró un pollito dentro. Lo describió con bastante detalle: lo

perfectamente formado que estaba el feto; con plumas y todo, y cómo había sobre todo sangre y membrana donde debería haber estado la yema. Le dijo a la mujer que la visión le había perturbado bastante y que desde entonces no había vuelto a cocinar con huevos. La mujer cambió de opinión sobre lo que iba a pedir. Es una conversación que recuerda con mucha claridad. Recuerda ciertos gestos que el hombre hacía con las manos mientras lo describía todo.

Pero cuando supo que la cosa se había puesto seria de verdad fue la vez que se alojó con su mujer en un hotel B&B. Estaba en un lugar apartado, en el campo, y la dueña tenía gallinas en el jardín. A su esposa le había gustado eso. Le había parecido muy auténtico. Sólo que él se dio cuenta de que había un gallo con las gallinas, y después, en el desayuno, encontró unas motas de color rojo oscuro en las yemas de sus huevos fritos. Pequeñas motas, para ser sinceros, del tamaño de un puntito hecho con un lápiz muy afilado. Pero comprendió lo que eran. Sin embargo, no había querido decirle nada a su mujer, y no había querido ofender a la casera; así que siguió adelante y se comió las dichas cosas. Y lo peor es que estaban absolutamente deliciosos: eran literalmente, los huevos más frescos que había comido en su vida y la verdad es que estaban muy buenos. Cremosos y suaves. Ligeros. Pero, mientras comía, no había podido dejar de pensar en las pequeñas motas de color rojo oscuro. Era como si su mente fuera una especie de microscopio, se la imaginaba de esa manera. Y después de eso, el problema con los huevos se agravó, así sucedió, así es como él recuerda lo sucedido.

La anticipación es lo que más le afecta. Incluso sólo pensar en ello. Incluso en una situación no relacionada con la cocina o la comida, sólo con pensar en ello en cualquier otro momento. La anticipación es lo que realmente le hace daño. Si por casualidad, se encuentra en una situación donde inevitablemente tiene que cascar huevos, la tensión es casi literalmente palpable. Se le cierra el estómago, y su cara se prepara para expresar algo así como repugnancia. Se quedar allí con el huevo sostenido a un brazo de distancia, como si fuera a explotar. Cierra los ojos, se prepara, lo rompe en el cuenco o la sartén; y después, tiene que prepararse de nuevo para abrir los ojos y mirar.

Que le pasara, es lo que había empezado a desear. Así podría terminar con esto. Así no estaría agobiado por la anticipación. Puede que la realidad no fuera tan mala: si se consideran las cosas que ha imaginado.

A veces, se imagina que le pasa con un huevo duro. Quita la cáscara, prepara la sal y la pimienta, y luego corta la clara firme del huevo y realiza el hallazgo. De pícnic. En el tren. En una reunión de negocios. O peor aún, tras haber servido los huevos duros a un invitado. En una ensalada, por ejemplo, de lechuga y rúcula, con una pizca de pimentón sobre los huevos, algunos cuartos de tomate muy maduros, virutas de parmesano y un aliño de aceite de oliva. Los huevos todavía lo suficientemente calientes como para desprender la fragancia del aceite de oliva. El invitado, el primero en cortar el huevo.

O también se ha imaginado que ocurre mientras prepara un bocadillo de huevo frito. El aceite se calienta en la sartén de acero. Las gruesas rebanadas de pan blanco ligeramente tostadas, untadas con mantequilla y con ketchup. El té hirviendo en la olla. Rompe el huevo en la sartén, aparta la vista un momento para coger la sal y la pimienta y vuelve a mirar y lo ve ahí, justo cuando los bordes de la clara empiezan a crujir. Y lo que ocurriría entonces sería que el calor tendría el efecto de hacer que el feto de pollo se diese la vuelta en la sartén, o tan sólo se movería un poco. Crearía una ilusión, eso es lo que cree que pasaría.

Y, sí, entiende que existen tratamientos efectivos para las fobias. Ha hecho algunas consultas discretas y por eso lo sabe, y también sabe que estos tratamientos se basan principalmente en un método de exposición gradual y técnicas para conservar la calma. Pero a la hora de la verdad, no se imagina cómo esto podría ser de alguna ayuda. En su situación particular. Lo cual no es algo que le guste comentar, para ser sinceros. Había abierto muchos huevos a lo largo de su vida, así que lo que fuera que necesitaba hacer no era aumentar su exposición, ni de forma gradual ni de ninguna otra forma. La calma sería otra cuestión. Con todos los huevos que ha roto a lo largo de los años, su fobia no hace más que empeorar. Piensa que esto tiene lógica. Si la probabilidad de que ocurra es de una entre un millón, o de una entre un billón; lo que sea, se puede deducir que con cada huevo que abre sin incidentes, dicha probabilidad aumenta. No está seguro de que este razonamiento estadístico sea del todo correcto. Pero no puede evitar sentir que cada huevo le acerca un poco más a lo que teme.

Así que al final se lo contó a su mujer. Tenía que decírselo a alguien, esa fue la conclusión a la que llegó. Resultó que esto no le ayudó en absoluto. Podría decirse que su mujer se comportó de un modo completamente apático. Podría decirse que llevó las

cosas a un punto crítico entre ellos. Hubo algunas burlas. Hubo una broma mal ejecutada con un juguete para niños. Además, un hombre que conocía vagamente del trabajo, hombre que más tarde fue identificado como corresponsable en su posterior proceso de divorcio, se puso a cacarear casi inaudiblemente mientras estaban en la cola de la cantina.

Desde entonces no ha hablado de ello con nadie más, para ser sinceros. No está seguro de si serviría de algo.

Traducción de: Marta Jiménez Martínez

## 5. Factura

Nombre: Marta Jiménez Martínez  
NIF: 39931303Z  
Dirección: C/Pi i Margall, 12 1-3  
43205 Reus tel. 617969161 [jmmarta3@gmail.com](mailto:jmmarta3@gmail.com)

Fra. Nº 04/2022  
Fecha factura: 03/03/2022  
Fecha límite de pago: 17/03/2022

Ediciones Laberinto  
00000000X  
Av. Cataluña, 5, Tarragona  
[rrhh@laberinto.es](mailto:rrhh@laberinto.es)

Traducción literaria EN>ES 0,09€/palabra	
Tipología del texto	
Relatos cortos	
Texto	Palabras
Antología de relatos cortos	10.469
<b>TOTAL BASE: 942,21 €</b>	
IVA (+21%) 197,86 €	
IRPF (-15%) 141,33 €	
<b>TOTAL: 998,74 €</b>	

Nombre del titular: Marta Jiménez Martínez  
DATOS BANCARIOS: ES00 0000 0000 0000 0000

## 6. Relación con el cliente

Las propuestas de traducción se presentaron en una cartelera en Moodle, donde cada cliente expuso los requisitos que los solicitantes de empleo debían cumplir, algunos detalles relacionados con el encargo de traducción e instrucciones para establecer contacto y poder optar por el trabajo.

En mi caso, postulé para este encargo de traducción literaria y envié un correo de presentación, mi *curriculum vitae* y el presupuesto correspondiente.

La oferta de trabajo especificaba que el encargo consistía en la traducción de varios relatos cortos que sumaban aproximadamente 10.000 palabras. El presupuesto se calculó en base a una tarifa de 0,09 € la palabra. Para decidirme por esta tarifa, tomé en consideración mi falta de experiencia laboral, por lo que me pareció justo proponer una tarifa razonable, aunque no excesivamente baja. El importe base del presupuesto fue de 900 € sin sumar el IVA y el IRPF.

Desde el momento en que se entregó el presupuesto, la relación con el contratante fue fluida. El cliente aceptó el presupuesto sin problema y seguidamente se acordó una fecha de entrega para la traducción. El cliente fijó dos semanas para la entrega de la traducción y me dio libertad creativa para realizarla.

La única cuestión reseñable con respecto a mi relación con el cliente es que, en un momento determinado, me preguntó si podía entregar la traducción cinco días antes de lo acordado. La resolución de esta petición supuso una pequeña dificultad para mí porque me era imposible completar el encargo en un margen de tiempo tan ajustado, si quería ofrecer una traducción de calidad. Además, al ser mi primer trabajo que realizaba para este cliente, quería entregar un buen trabajo que pudiese fidelizarlo.

Por lo tanto, contacté con el cliente y le expliqué que si accedía a su petición, la calidad de la traducción se vería afectada. Pese a ello, le ofrecí adelantar la entrega de la traducción dos días, sin aplicar ningún tipo de recarga por urgencia. El cliente lo entendió perfectamente y aceptó mi propuesta porque prefería la calidad antes que la urgencia.

Finalmente, envié adjunta la traducción de los relatos con la factura final. En la factura se calculó el número exacto de palabras exactas y se gravó el IVA y el IRPF. El importe final fue de 998,74 €.

## 7. Comparación crítica del presupuesto y factura

El presupuesto de este trabajo fue calculado por palabras, pese a que en la traducción literaria normalmente se utilizan tarifas que fluctúan entre los 12 y los 15 euros por página, teniendo en cuenta que una página contiene unos 2.100 caracteres aproximadamente.

En esta ocasión, me incliné por cobrar por palabra debido a que en el anuncio de trabajo no se adjuntaba el texto que se tenía que traducir y, por tanto, no podía hacer un cálculo de caracteres. En el anuncio se exponía que se necesitaba un traductor para traducir unos relatos cortos de unas 10.000 palabras en total. Como no era un anuncio muy detallado, decidí hacer el presupuesto basándome en la información proporcionada e hice un cálculo aproximado y decidí cobrar 0,09 € por palabra. Creo que es un precio adecuado; ni excesivamente bajo ni muy elevado para un traductor que acaba de ingresar en el mundo laboral.

En el presupuesto también se especificó que el cliente tendría quince días para completar el pago después de la emisión de la factura y que el precio que constaba en el presupuesto era el precio base sin impuestos. También, se mencionó que se garantizaba la total confidencialidad del contenido de los textos que se iban a traducir.

La tarifa aplicada a la factura coincide, lógicamente, con la señalada en el presupuesto, de modo que me limité a modificar el número de palabras exactas del texto a traducir (unas 10.469 en total).

El coste total del encargo, ascendía, según el presupuesto, a 900 € porque se estimó que los relatos originales sumaban 10.000 palabras. El monto final de la factura, sin embargo, fue considerablemente más elevado porque se ajustó el coste al número real de palabras del encargo, unas 10.469, a lo que hay que añadir los impuestos correspondientes (el IVA y el IRPF). Todo ello, en conjunto, supuso una factura de 998,74 €. Como acordé con el cliente, aunque la traducción se entregó dos días antes de lo previsto, no apliqué ningún tipo de recargo por urgencia. A nivel formal, cabe tan sólo destacar que ambos documentos, presupuesto y factura, presentan un formato análogo para simular un diseño de marca.

La relación entre el tiempo empleado en la traducción y el precio final del encargo, ha resultado rentable. Dos semanas de trabajo resultaron, en mi caso, en un beneficio de 998,74 €.

En cuanto a la planificación de la faena, al tratarse de un trabajo habitualmente realizado en régimen de autónomo, es el propio traductor quien establece su horario laboral y organiza su espacio de trabajo. Durante este encargo, me esforcé por maximizar el tiempo del que disponía para finalizar la traducción, planeando la cantidad de palabras mínimas que debía traducir al día (unas 1.500), para disponer de tiempo suficiente para la fase de revisión y edición. Como tenía estos objetivos establecidos desde un principio, no podía entregar la traducción cinco días antes de la fecha inicial de entrega porque se hubiera visto afectada la calidad al aumentar considerablemente las horas de trabajo.

Es verdad que la traducción requiere muchas horas de trabajo, pero si se negocian unas buenas condiciones con el cliente y se aprende a gestionar el tiempo, es una actividad que, en mi opinión, puede resultar rentable.

## 8. Problemas de traducción

Al tratarse mi encargo de una traducción literaria, no hubo ningún problema con elementos de tipo no lingüístico durante la traducción. Tampoco utilicé ninguna herramienta informática que no fueran diccionarios, glosarios o traductores en línea en algún momento puntual.

Esto es lógico pues, en mi caso, la utilización de una herramienta TAO no hubiera resultado de gran ayuda dadas las particularidades de los textos literarios.

Respecto a los elementos lingüísticos, me surgieron diferentes problemas durante el proceso de traducción. Para poder comentarlos con mayor claridad, he decidido clasificarlos en cinco grupos distintos en función de su naturaleza : problemas léxico-semánticos, sintácticos, de unidades fraseológicas, culturales y de registro lingüístico.

### 8.1. Problemas léxico-semánticos

Uno de los principales problemas de traducción que tuve que solventar fueron los de tipo léxico-semántico, es decir, aquellos problemas que guardan relación con cuestiones terminológicas y que, en ocasiones, pueden resolverse consultando diccionarios o glosarios.

En la traducción de *Remember the Bride who got Stung?*, había muchos problemas de este tipo porque la historia se desarrolla en un escenario campestre, y el autor utiliza mucho vocabulario específico relacionado. Por ejemplo, la palabra *hedgerows* se puede traducir como «setos», pero esta solución no sería adecuada para un relato ambientado en un entorno descuidado y salvaje. Por esta razón, decidí traducir *hedgerows* como «matorrales», una palabra que sí se corresponde con el contexto agreste que describe el autor.

La traducción de la siguiente frase planteó dificultades similares: «they all had to march about the blanket on their fists and knees to break the stubborn stems beneath»; los verbos *to march* y *to break* se podrían traducir por «caminar» y «romper», sin embargo en español existen unos verbos con un significado más específico que se ajustan mejor al contexto de este relato: «gatear», que alude a la acción de caminar con las manos y las rodillas, y «tronchar», que se refiere exclusivamente a la rotura de plantas.

También, creo interesante comentar el caso del sustantivo *honey bee*, cuya traducción en español sería «abeja melífera». Sin embargo, esta solución, pese a ser correcta, no es apropiada en el texto meta: hay que tener en cuenta que en inglés *honey bee* es un término que pertenece al registro estándar por lo que resulta natural en el contexto de una conversación familiar; en cambio, en español, «abeja melífera» es un término científico que pertenece al registro culto y, por lo tanto, su utilización produciría extrañeza en el lector meta. Por esto motivo, decidí usar una generalización (Hurtado Albir, 2001) y traducirlo como «abeja».

La traducción de *Underground* también planteó algún problema léxico-semántico, entre los que se puede destacar el verbo *to pad*. Al contrario que en los casos anteriores, el español no tiene un equivalente para este verbo, así que opté por utilizar una descripción (Hurtado Albir, 2001) y traducirlo por «caminar sigilosamente».

Otro ejemplo relevante de una dificultad léxico-semántica es la traducción de la palabra *battery-cage site* en *The Chicken and the Egg*. Tras realizar una sencilla búsqueda en internet, averigüé que la traducción al español de este término es «jaula en batería», que hace referencia a un tipo de producción de huevos masivo de gallinas ponedoras. En mi opinión, con este ejemplo pasa lo mismo que con el término *honey bee*. *battery-cage site* es un término muy específico que no todos los lectores van a

entender, así que en este caso opté por usar la palabra «macrogranja», más general, con un significado fácil de deducir y más conocido por el público.

## 8.2. Unidades fraseológicas

Las unidades fraseológicas son combinaciones de palabras que tienen un significado global distinto al de sus elementos individuales, un ejemplo sería «dar calabazas».

Uno de los casos de traducción de este tipo que tuve que solventar es el de los *phrasal verbs* ingleses, es decir, construcciones verbales formadas por un verbo de una o más partículas, normalmente adverbios o preposiciones, cuyo significado conjunto es distinto del de sus partes. En la traducción de *Underground*, encontramos el ejemplo «He went along» que traduje por una unidad fraseológica de significado equivalente en español: «le seguía la corriente».

Lo mismo sucede en la traducción de *Matryoshka*, donde aparece la unidad fraseológica «She felt her stomach plummet» que traduje por su equivalente acuñado (Hurtado Albir, 2001 ) en español: «Se le encogía el estómago».

Estos ejemplos de unidades fraseológicas no me causaron grandes problemas pues, en todos los casos, encontré una unidad fraseológica equivalente en la lengua meta. Sin embargo, soy consciente de que su traducción puede producir dificultades cuando la lengua meta no cuenta con una expresión equivalente a la original.

Por otro lado, creo que también es interesante comentar que existen ocasiones en que un término del texto original ha sido traducido por una unidad fraseológica en el meta.

Un ejemplo de estos casos es la traducción de *key* que en *Matrioshka* tiene un significado ambiguo, que no se puede traducir de un modo literal al español. *Key* es una palabra polisémica y al desambiguarla en su contexto, me di cuenta de que estaba siendo usada en un sentido metafórico. Para mantener la metáfora en español, decidí introducir la unidad fraseológica «con santo y seña» como traducción del término polisémico *key*.

### 8.3. Estructuras sintácticas

Los problemas relacionados con la sintaxis están presentes en todos los relatos, ya que el español y el inglés presentan bastantes diferencias sintácticas, tales como: el uso distinto de la voz pasiva, los gerundios o los determinantes posesivos.

El inglés utiliza gerundios con más frecuencia que el español, pero no equivalen al gerundio en español. Así que, al traducir, hay que evitar el uso excesivo de gerundios y reemplazarlos por otras alternativas (López Guix y Minett Wilkinson, 1999).

Por ejemplo, en el relato *Remember the Bride who got Stung?*, encontramos la siguiente oración: «Holding the bread in his hand, he sliced along its length, being careful to stop the blade before it got close to his palm.» que opté por traducir como: «Sostuvo el pan en la mano, y lo cortó a lo largo, con cuidado de detener la cuchilla antes de que se acercara a su palma». De esta manera, evité dos gerundios que hubieran sido incorrectos en español.

Otra de las cuestiones más comunes relacionadas con las estructuras sintácticas fue el uso de la voz pasiva. El inglés recurre mucho a la pasiva ya que es un idioma rígido con el orden sintáctico y utiliza este recurso para poder enfatizar. En cambio, el español es una lengua flexible con el orden de los elementos oracionales y juega con esta flexibilidad para enfatizar de diferentes maneras. Por este motivo, no es habitual usar tantas pasivas en español.

También me he encontrado con problemas al traducir subordinadas. Como es el caso del relato *Underground*: «She'd spent most of the nights since he'd told her thinking about it in way or another.», decidí trasladar esta subordinada al final de la oración principal para que sonara más natural en el texto meta: «Había pasado la mayoría de noches pensando en ello de una forma u otra desde que él se lo contó».

Por último, un problema recurrente fue el uso de los posesivos. El inglés tiende a utilizar con frecuencia los posesivos a diferencia del español. (López Guix y Minett Wilkinson, 1999)

Al principio, cometí el error de traducir todos los posesivos al español, pero más tarde investigué y descubrí que traducir los posesivos al español es un error común en traductores que acaban de empezar. Al revisar la traducción, omití todos los posesivos o los cambié por determinantes definidos cuando era necesario.

#### 8.4. Referencias culturales

En la traducción de *Remember the Bride who got Stung?* se hace referencia a la marca de navajas «Leatherman» que es muy popular en los países de habla inglesa. Para no cambiar la referencia, opté por especificar de qué tipo de objeto se trataba para asegurarme de que el público español podía entenderlo. En este caso creí que no era necesario adaptar la referencia cultural ya que, una vez aclarado que se trataba de una navaja, desaparecen los problemas de comprensión. Hurtado Albir (2001) clasificaría esta técnica como una amplificación lingüística ya que hemos añadido un elemento lingüístico en el texto meta.

El caso del término *marmite*, una pasta de untar muy típica en Inglaterra, es diferente. Consideré que se trataba de una referencia cultural de difícil comprensión para el público español, así que decidí sustituir la referencia por una comida típica española, como es el pan con aceite. Esta técnica es conocida como adaptación (Hurtado Albir, 2001), y consiste en reemplazar una referencia del sistema cultural de partida por otra perteneciente al de llegada.

En la traducción de *Underground* se mencionan algunos topónimos como Suffolk o Alderburgh y algunos nombres de estaciones de metro londinenses como King's Cross o Euston. Para solucionar este problema, busqué información sobre la traducción de nombres propios en la obra *A Textbook on Translation* de Newmark, donde se explica que los nombres de ciudades que tienen una traducción establecida en la lengua meta deben traducirse; de lo contrario, estas referencias se mantienen igual que en el texto de origen. Tal y como dice Newmark:

The following are normally transferred: names of all living (except the Pope and one or two royals) and most dead people; geographical and topographical names including newly independent countries such as (1e) Zaire, Malawi, unless they already have recognised translations. (Newmark, Peter 1988: 81-82)

Este problema fue fácil de solucionar porque los topónimos no tenían mucha importancia argumental dentro del relato.

En la siguiente oración del mismo relato, encontré una referencia cultural interesante: «They ate outside a Spanish place, picking at fish and meat in tiny terracotta bowls».

El autor del texto original utiliza una descripción para explicar el concepto de irse de tapas para que su público inglés lo entienda. En cambio, el público español entiende la referencia perfectamente porque pertenece a su sistema cultural, así que traducirla mediante una descripción no tendría ningún sentido. Por eso, decidí utilizar el sustantivo «tapas» en mi traducción porque aporta naturalidad al texto meta: «Comieron en la terraza de un restaurante español, y probaron tapas de marisco y carne»

En la traducción *The Chicken and the Egg*, aparece el concepto «B&B». Sus siglas significan *Bed and Breakfast*, es decir, hoteles que con precios moderados. Es una expresión bastante conocida entre el público meta, así que opté por usar otra amplificación lingüística (Hurtado Albir, 2001), como en el caso de «navaja Leatherman», y lo traduje como «hotel B&B».

#### 8.5. Registro

En *Remember the Bride who got Stung*, se utilizan hipocorísticos con frecuencia. Los protagonistas se dirigen a veces a su hijo Nate con el apelativo cariñoso «Nay-Nay». El padre también llama «Ta» a su esposa Tara en alguna ocasión. Ambos casos son hipocorísticos creados a partir de nombres ingleses, por lo que pueden resultar desconocidos para el público meta.

Los hipocorísticos se forman siguiendo reglas distintas en español, y no tendría sentido intentar hacer un hipocorístico a partir de los nombres Nate y Tara ya que no sonarían fonéticamente bien. Por este motivo, decidí utilizar apelativos afectivos generales; como «peque» y «cariño». Me pareció que era una buena solución para mantener el registro original en mi traducción.

## 9. Conclusiones

Durante la realización de este trabajo, he podido experimentar algunas de las dificultades que tienen los traductores a la hora de encontrar y desarrollar encargos de traducción.

Respecto a la simulación profesional, este trabajo me ha servido para poner en práctica los conceptos estudiados durante el máster sobre la relación cliente-traductor y sobre cómo gestionar nuestro propio negocio.

Durante la fase de búsqueda de trabajo, me postulé para cuatro ofertas pero sólo me aceptaron una. Esto me ha permitido darme cuenta de la importancia del currículum y del primer contacto con el cliente, ya que es la primera impresión como profesional que el cliente recibe de ti.

Creo que el hecho de no tener experiencia profesional en el ámbito de la traducción afectó a mis candidaturas. Por este motivo, pienso que los traductores principiantes pueden tener dificultades para encontrar trabajo. También, creo que es importante que los traductores noveles no recurran a tarifas precarias para encontrar trabajo con más facilidad; esto puede repercutir negativamente sobre ellos, ya que el salario que ganarán no reflejará las horas de trabajo invertidas.

Esta simulación me ha servido también para desarrollar mis habilidades comunicativas con el cliente. Creo que este aspecto es muy importante en el trabajo del traductor porque tener una buena relación con el cliente es fundamental para fidelizarlo.

Respecto a la traducción de los cuatro relatos, ha sido una tarea que ha requerido tiempo e investigación. Una buena traducción no debe ocuparse únicamente de trasvasar el contenido lingüístico del texto original al meta, sino que también hay que ser capaz de adaptar otros elementos, como el contexto cultural del sistema de partida.

Este aspecto es muy importante porque los contextos culturales de los sistemas de partida y de llegada suelen ser diferentes y lo que es conocido para un público, es desconocido para otro. Por este motivo, creo que es necesario utilizar las técnicas y estrategias apropiadas para adaptar o mantener ciertas referencias culturales, teniendo siempre en cuenta el grado de conocimiento del público meta.

Para traducir los cuatro relatos, me decanté por el uso de estrategias de domesticación. Venuti explica que la domesticación es «an ethnocentric reduction of the foreign text to target-language cultural values, bringing the author back home» (Venuti,

2001: 242). Según mi criterio, era necesario adaptar el texto original a la cultura meta para asegurar que el público de llegada pudiese captar el significado del texto original.

Cabe mencionar que también usé algunas estrategias de extranjerización. Según Venuti, la extranjerización «registers the linguistic and cultural difference of the foreign text, sending the reader abroad» (Venuti, 2001: 242). Opté por usar este tipo de estrategias en el caso de la traducción de topónimos, ya que no tenían gran relevancia argumental.

Con la traducción de estos cuatro relatos, he podido poner en práctica las técnicas y estrategias estudiadas durante el curso. Los conocimientos aprendidos en el máster me han ayudado a decidir cuándo era oportuno optar por una técnica u otra de una manera justificada. Además, he podido adquirir más experiencia traduciendo.

En mi caso, he trabajado con un texto literario, un género que utiliza lenguaje retórico y figurado, por lo que he comprobado que tener un buen dominio de la lengua base y meta no es suficiente, sino que el traductor además tiene que ser capaz de captar el sentido del texto original y transmitirlo al texto meta. Esto requiere tener habilidades creativas para traducir ciertos elementos, como pueden ser las metáforas o las figuras retóricas.

Creo que los traductores principiantes podemos tener miedo a alejarnos demasiado del texto original; pero lo más importante es saber transmitir su sentido lo más naturalmente posible para el público meta.

## 10. Anexo

### 10.1. Autoevaluación

Este Trabajo Final de Máster me ha servido para poner en práctica todos los conceptos aprendidos durante el máster. Creo que el trabajo está muy bien planteado ya que al ser una simulación profesional, no solo he ganado experiencia traduciendo, sino que también me ha servido para saber cómo afrontar determinados problemas relacionados con la relación con el cliente. En mi opinión, he cumplido mis expectativas con la realización de este trabajo.

Hablando sobre la relación con el cliente, estoy satisfecha con como he establecido una buena relación y he entregado el trabajo en el término establecido. La relación con el cliente fue fluida y nunca puso ninguna pega con la traducción.

Es verdad, que en un momento el cliente me preguntó si podía entregar la traducción cinco días antes, pero lo hablamos y llegamos a un acuerdo justo. Era un volumen alto de palabras y tenía organizado mi tiempo de trabajo des de un principio. Creo que al estar empezando con la traducción, puedo tardar algo más de tiempo que alguien con más experiencia, por eso creo que esto también influyó en que no pudiera entregarla cinco días antes.

Cuando apliqué en las ofertas de trabajo de Moodle, postulé para ofertas de traducción audiovisual y literaria porque tengo claro que quiero dedicarme a ellas en un futuro, y sabía que este Trabajo de Final de Máster me iba a ayudar a reforzar mis habilidades en uno de estos dos ámbitos.

Finalmente, me aceptaron en el trabajo de traducción literaria y tengo que decir que estoy satisfecha con los textos que me tocó traducir. Cada uno de los textos ofrecía problemas de traducción diferentes y esto me ayudaron a reforzar mis habilidades para tomar decisiones rápidas y coherentes.

Si tuviera que mejorar algo de mi proceso de trabajo, sería mi gestión del tiempo. Era un volumen considerable de palabras y nunca me había encontrado con una traducción de estas dimensiones, así que al principio fue difícil organizar las horas de trabajo para ir bien de tiempo para no agobiarme. Aparte de eso, estoy satisfecha con el proceso de trabajo y el apoyo de mi tutora

En general, estoy contenta con el resultado final de mi trabajo ya que creo que he proporcionado una traducción adecuada y he resuelto los problemas con un criterio

justificado; he ofrecido soluciones lógicas y creativas, siempre teniendo en cuenta que beneficiaran al público meta. Sin duda, creo que esta experiencia va a ser beneficiosa para mi futuro profesional.

## Referencias

Hurtado Albir, A. *Traducción y traductología. introducción a la traductología*. Cátedra, Madrid, 2011.

López Guix J. G y Minett Wilkinson, J. *Manual de traducción inglés-español*. Editorial Gedisa, Barcelona, 1999.

Newmark, P. *A textbook of translation*. Prentice Hall International: Hertfordshire, 1988, pp. 81-82

Venuti, L. *Strategies of Translation*. In M. Baker (ed.), *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*. London & New York: Routledge, 2001, pp. 240-244.